

RUBEN VARGAS UGARTE S. J.

---

VOCACION DE SANTO

---

# Manuel Pardo y Barreda

DE LA

COMPañIA DE JESUS



BX  
4705  
.P3749  
V3  
1947

a

LIMA-PERU

---

PRESA GRAFICA SANMARTI S. A.  
JIRON AYACUCHO 428

---

1947



BX 4705 .P3749 V3 1947  
Vargas Ugarte, Rub en, 1886-  
Vocaci on de santo

VOCACION DE SANTO

LIBRARY OF PRINCETON

OCT 9 1981

THEOLOGICAL SEMINARY

✓  
**Manuel Pardo y Barreda**

DE LA

**COMPAÑIA DE JESUS**

Rubén Vargas Ugarte ✓



LIMA-PERU

EMPRESA GRAFICA SANMARTI S. A.

JIRON AYACUCHO 428

1947

## DEL MISMO AUTOR

Jesuítas Peruanos desterrados a Italia. Lima, 1934.

Los Orígenes de la Provincia Jesuítica del Perú.

Los Mártires de la Florida. Lima, 1940.

Los Jesuítas del Perú. Lima 1941.

Vida de Santa Rosa de Lima. Buenos Aires, 1945.

Vida del V. P. Francisco del Castillo de la Compañía de Jesús. Lima, 1946.

Historia del Culto de María en la América Latina.

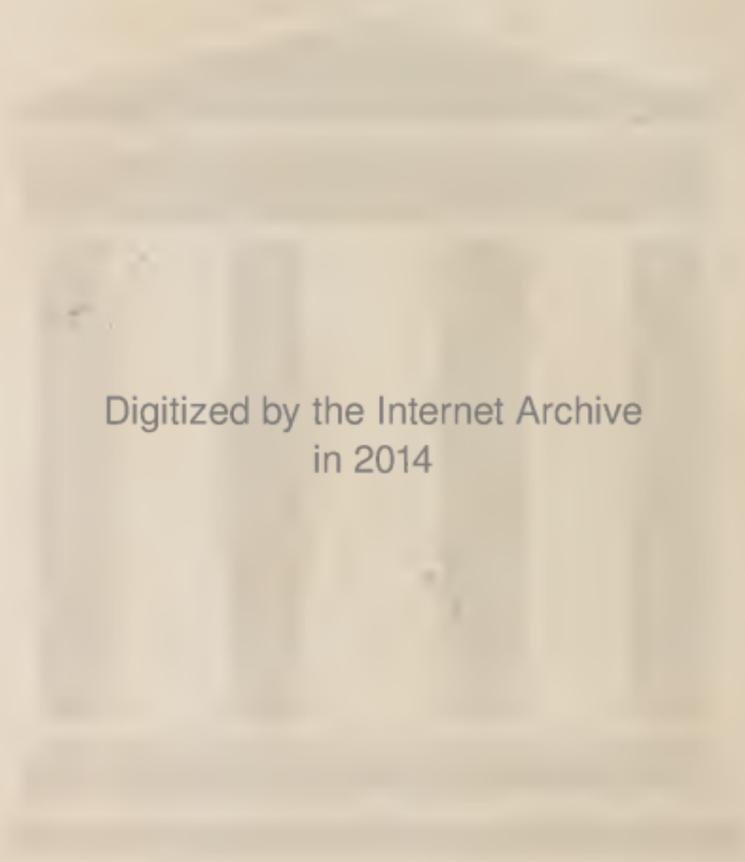
(2º edic.) Buenos Aires, 1947.

Los pedidos a la Librería Studium. Amargura, 954. Apartado 2139, Lima.

---



P. MANUEL PARDO Y BARREDA, S. J.



Digitized by the Internet Archive  
in 2014

RUBEN VARGAS UGARTE S. J.

---

VIDA DEL  
P. MANUEL PARDO Y BARREDA  
DE LA  
COMPAÑIA DE JESUS



LIMA

Limae, 1 Septembris 1947.

Imprimi potest.

José Torrijos.

Praepositus Vice Provinciae Peruvianaе.

Palacio Arzobispal de Lima.

25 de Setiembre de 1947.

Imprimatur.

Un Sello. El Obispo Auxiliar.

Propiedad reservada

# INDICE

	Pág.
	<hr/>
INTRODUCCION . . . . .	7
Capítulo I — La Infancia . . . . .	11
Capítulo II — Camino del Noviciado . . . .	21
Capítulo III — En la Casa de Probación . .	27
Capítulo IV — Por la vía de los Santos . . .	33
Capítulo V — Los Votos Religiosos . . . .	42
Capítulo VI — El Estudiante . . . . .	49
Capítulo VII — El Magisterio . . . . .	62
Capítulo VIII — Camino del Sacerdocio . .	70
Capítulo IX — En el Altar . . . . .	79
Capítulo X — La Vuelta a la Patria . . . .	86
Capítulo XI — Al Cielo . . . . .	95

---



## INTRODUCCION

No es fácil escribir la vida de un joven y a algunos hasta les podrá parecer poco menos que inútil. La existencia del hombre es breve y aunque se prolongue hasta alcanzar el límite concedido por la naturaleza, siempre será cierto, como dice Job, que ella se disipa como la sombra y apenas deja huella de su paso. Pero, ¿qué decir de quien se extingue en la flor de los años? ¿del que deja este mundo en plena juventud, ignorado casi de sus mismos contemporáneos? Tal fué, sin embargo, Manuel Pardo y Barreda. Después de la florida infancia, transcurrida en el hogar y en las aulas del colegio de los Jesuitas de Lima, va a esconderse en un humilde y apartado rincón del Ecuador, adonde le lleva su deseo de consagrarse a Dios y se extingue prematuramente en la blanca ciudad de Cádiz, antes de los treinta años. He ahí en síntesis su vida.

Pero esta existencia tronchada ofrece también sus atractivos no por lo que hizo sino por lo que prometía para el porvenir. La urdimbre de su vida será transparente, uniforme y sencilla como un blanco cendal, pero henchida de pro-

mesas y rica de frutos en embrión. Por eso su muerte nos llenará de pesar y se nos presentará como un arcano en cuya velada sombra se trasluce un designio amoroso de Dios y una singular gracia de elección.

A esto hemos de añadir que Manuel Pardo, no obstante su juventud, se perfiló en edad temprana como un carácter y, llamado por Dios a seguir la vida perfecta, con decisión superior a sus años y una entereza más que ordinaria, se propuso llegar al ideal de esta vida, esto es a la santidad. Sobran, pues, motivos para presentarlo a nuestros lectores y, sobre todo, a los jóvenes de mi patria. No dudamos que su ejemplo servirá de estímulo a muchos y los impulsará a seguir sus huellas. Con estas líneas tributamos un homenaje de fraternal cariño al hermano, a quien tuvimos la dicha de conocer y tratar, siquiera fuese por breve tiempo, pero también hacemos obra de apostolado, que él hubiera deseado realizar en vida y que, desde el cielo, ejecuta ahora.

Muchos, dice, quien fuera su primer biógrafo y el más fiel y constante de sus amigos, hubieran deseado escribir la Vida del P. Pardo, porque su personalidad fué tan atrayente y tan hondo el sentimiento que despertó su temprana muerte en cuantos lo conocieron, que más de uno pensó en entregar al papel los recuerdos que archivaba más en el corazón que en la memoria.

Me ha correspondido esta tarea y, confieso, que es para mí dulce. Conocí al P. Pardo, cuando, sacerdote novel, vino a Lima a consolar a su anciana madre y a restaurar sus ya mermadas fuerzas. Yo me disponía a seguir la senda que él había emprendido y, desde el primer contacto, descubrí en él una madurez, una serenidad de espíritu y una elevación de miras, que me impresionaron. No se ha borrado todavía de mi memoria su imagen y, más tarde, cuando ya no vivía en la tierra y supe de labios del que fuera su maestro en el camino de la perfección religiosa los progresos que había hecho en ella, hallé la explicación de ese suave perfume que exhalaba su alma, donde como en un espejo se reflejaban las miradas de Dios.

Ojalá reciban idéntica impresión cuantos reuelvan estas páginas. Confiamos que ellas despertarán en los corazones de tantos jóvenes que no atinan a orientarse en la vida, los mismos sentimientos de generosidad que movieron a Manuel Pardo a abrazarse con el ideal del **compañero de Jesús**. Como él gustarán cuán suave es el seguirle y ennoblecerán su vida, al dejarlo todo para ir en pos de Aquél que ha dicho: "El que dejare por mí todas las cosas, recibirá ciento tanto aquí en la tierra y después la vida eterna".

**Rubén Vargas Ugarte, S. J.**

*8 de Diciembre de 1945, Festividad de la Inmaculada Concepción.*



## CAPITULO I.

### LA INFANCIA.

Corría el año 1877 y el 19 de abril, en una villa, quinta o rancho, como decimos nosotros, del balneario de Chorrillos, vino al mundo Manuel Pardo y Barreda. Sobre el Perú de entonces se cernían ya densos nubarrones, presagios de la tempestad que dos años después había de estallar, al sobrevenir el conflicto con Chile. Un malestar que no se ceñía tan sólo al campo económico paralizaba el desenvolvimiento del país y, las luchas políticas, sordas pero latentes, lo ahondaban más aún y hacía presentir la catástrofe que se avecinaba. Los primeros rayos de esa tormenta vinieron a descargar sobre el hogar del recién nacido infante. Décimo vástago de D. Manuel Pardo y de Da. Mariana Barreda, descendía por ambos lados de familias de limpia ejecutoria y de notable influencia en el Perú. Su padre había ejercido la Presidencia de la Repú-

blica no hacía mucho y desempeñaba entonces el alto cargo de Presidente del Senado. Su actuación como Jefe Supremo se había señalado por iniciativas y reformas de importancia y había marcado una nueva era en la vida política de la Nación, desterrando el militarismo de las esferas del poder. Al cesar en el mando, su partido, incurriendo en una contradicción, eligió para sucederle a un militar, el General D. Mariano Ignacio Prado. La oposición, representada, principalmente por los demócratas que acaudillaba D. Nicolás de Piérola, había hecho blanco de sus ataques a Pardo, a quien se consideraba probable candidato a un nuevo período presidencial.

Diez meses de vida contaba el P. Pardo cuando, una tarde del mes de noviembre de 1878, vino a sembrar la desolación entre los suyos la brusca e inesperada noticia de la muerte de su progenitor. Acababa de entrar, como de costumbre, al Senado, a presidir la sesión, cuando, al penetrar al corredor que conducía a la Secretaría, un tiro de fusil vino a herirle gravemente por la espalda. El heridor era el sargento Melchor Montoya, que comandaba el retén de guardia, pero la voz común entonces y después no vió en el soldado vulgar sino el instrumento de una mano poderosa y oculta. Han transcurrido los años y todavía no se ha disipado el misterio que envolvió la muerte del ilustre estadista.

No fué ésta tan fulminante que no le permitiera recibir los auxilios de la religión y dar en los últimos momentos señales de su nobleza de ánimo y elevado espíritu cristiano. Un testigo ocular nos refiere, que apenas salido del letargo en que le sumió el golpe mortal, sus labios se entreabrieron para exclamar: ¿Quién me ha muerto? — Un soldado, señor, fué la respuesta—. ¡Pobre!, añadió, lo perdono. Luego, con acento conmovido, dijo: "Mi familia. ¡Dios mío, cuánto sufro! Perdono a todos". Un sacerdote de la Congregación del Oratorio, el P. Caballero, le confesó brevemente y exhortó al arrepentimiento y al preguntarle: ¿Perdona Ud. a sus enemigos para que Dios le perdone? —Sí, a todos, contestó.— ¿Hasta a su asesino? —También. Poco después entraba en agonía, no sin que la santa unción viniera a consagrar sus miembros y a borrar de ellos las reliquias de la culpa.

La cuna de Manuel Pardo y Barrera quedó, pues, enlutada. Crecerá en medio del dolor que embarga a los suyos y, si bien es verdad, que su madre lo rodeará de toda la devoción y ternura de que es capaz, siempre se hallará ausente el viril aspecto de su padre, la sombra protectora y modeladora del que le dió el ser. No creemos exagerar si decimos que su infancia se vió empañada por la tristeza, pues a la muerte de su padre, se siguieron los años de la infausta guerra

con Chile, con todo su cortejo de ansiedades, reveses, saqueos, incendios y pérdidas de vidas.

En los tiempos que se sucedieron a la derrota y como una consecuencia de ella, la abundancia huyó aún de los hogares más bien abastados y a la generación que surgía en medio de tanta miseria le incumbió el grave deber de emprender la obra de la reconstrucción nacional. Influencias del hogar entristecido y del ambiente todavía impregnado de los dolores de la guerra, el hecho es que en el carácter de Manuel Pardo se traslucirá siempre cierto aire de gravedad que acentuará el ascetismo de su vida.

Su prudente y cristiana madre, si bien le demostró especial cariño por la circunstancia de ser su Benjamín, estuvo muy lejos de engreirlo y supo suave y firmemente enderezar sus pasos por el camino del deber. El mundo de su infancia no se extendió más allá de los muros del hogar ni tuvo otra compañía que la de sus hermanos y la de algunos de sus más próximos parientes. Vióse libre, por tanto, de los graves inconvenientes que trae consigo el alternar con niños escogidos al azar y desiguales en condición y costumbres, pero esta vida algo umbrátil es muy posible que influyera en su salud, impidiéndole adquirir la indispensable robustez. Otras eran las ideas que predominaban entonces sobre la educación de la niñez y la cultura física, el juego al

aire libre, la vida en el campo y a pleno sol, no se consideraban tan necesarios como el preservar a los jóvenes de roces perjudiciales y de precocidades dañosas.

Frisaba ya en los diez años cuando ingresó al colegio dirigido por los PP. de la Compañía de Jesús. Por ellos fué preparado para la Primera Comuni3n y en 1889 daba comienzo a los estudios de Instrucci3n Media en el mismo plantel, situado entonces en una antigua casona limeña de la calle del Corcovado. Hoy, al cruzar el amplio zaguán y atisbar su interior no concebiríamos que pudiera servir para colegio, pero entonces se la juzgó bastante a satisfacer los deseos de las familias y capaz de albergar holgadamente a más de un centenar de despabilados muchachos. Manuel se incorporó al bullicioso y alegre grupo y desde los primeros momentos supo ganarse el afecto y la confianza de sus compaños. No era tan sólo el apellido el que lo recomendaba sino su aire simpático y jovial unido a los finos modales que había aprendido en su hogar. Ninguna tirantez o altanería se echaba de ver en este vástago de una aristocrática familia, pero tampoco incurría ésta en el error de permitirle contraer amistades con jóvenes que ni por su condici3n ni sus costumbres le eran semejantes. Un criado de confianza lo acompañaba tanto al ir al Colegio como al salir de él, estilo seguido en-

tonces por todas las buenas familias limeñas y buen cuidado tuvo su madre de que no intimase sino con aquellos de quienes no podía recibir daño alguno.

Así trascurrieron los tres primeros años, pero cuando cursaba el tercer año de Media se advirtió en él un cambio desfavorable. El niño aplicado, dócil y piadoso se convirtió en el muchacho distraído y retozón en las clases, inquieto en la Capilla y un tanto levantisco con sus Superiores. Su proceder era, además, irregular, pues, como advierte uno de sus compañeros, mientras con los Profesores más benignos se tomaba mayores libertades con los que juzgaba severos sabía reportarse. En el espíritu de Manuel había sucedido a la norma rígida del deber un egoísmo calculador. Una carta del P. Nicandro González, Prefecto entonces del Colegio y dirigida a su madre, a quien no podía menos de inquietar el estado de su hijo, nos descubre algunos pormenores del cuadro. "Muy respetada Señora: Bien quisiera, como en otros tiempos, dar a Ud. los mejores informes acerca de Manuel, pero desgraciadamente tengo que contristar su corazón de Madre, comunicándole que Manuel va mal, muy mal.

Pobre niño, empeñado en fastidiar y de un modo hasta altanero, hace alarde de portarse mal, así en la Capilla como en el estudio y clases, con

gran menoscabo de la disciplina del Colegio y extrañeza de sus compañeros. Apesar del interés que siempre he tenido por Manuel, me veo ahora como agotado en mis recursos para conquistarlo. No sé qué hacer, pienso, si no noto enmienda, aislarle por algún tiempo del trato y comunicación con los demás niños; podía ser que este castigo le hiciera entrar un poco dentro de sí. . . .”

Cuantos concieron al P. González y comprobaron la rigidez con que exigía la guarda del Reglamento no dudarán en afirmar que en la pintura que nos hace del joven Pardo había un tanto de exageración. A nuestro juicio, el cambio que se había operado en él era muy explicable y no es raro observarlo en algunos jóvenes de su edad. Suele presentarse este período crítico más o menos a los quince años y no obedece tanto a motivos de orden moral, aunque estos puedan agravarlo, cuanto a motivos que radican en la misma naturaleza. Por fortuna para Manuel, tanto en su casa como en el colegio hubo quien le ayudó a sobreponerse y vencer esta crisis pasajera. Los acertados consejos de uno de los Padres que más de cerca le vigilaban, un fuerte correctivo que recibiera en cierta ocasión y, sobre todo, la solicitud de su buena madre, hicieron que pronto reaccionara. Aquel año su nombre no podía figurar en la lista de los alumnos premia-

dos como en los precedentes y Da. Mariana Barrera que lo sabía, invitó de propósito a sus hermanos y a otros parientes a la Solemne Distribución de premios, con el objeto de abochornar a Manuel. Este recibió la lección y lo afectó tanto que, a partir de entonces, prometió seriamente a su madre cambiar de conducta.

Hízolo como lo había prometido. Hasta 1895 procedió en el Colegio ejemplarmente, tanto que sus compañeros lo eligieron aquel año Prefecto de la Congregación Mariana y sus Profesores lo honraron con la más alta distinción: el premio de Excelencia. Con tales antecedentes a ninguno pudo extrañar el rumor que ese mismo año comenzó a divulgarse por las aulas y patios del Corcovado. En los corrillos y ruedas de estudiantes se susurraba a media voz que Manuel se hacía Jesuita. La impresión, en general, fué grande. Dada su posición social, el ascendiente que ejercía entre sus compañeros y las simpatías que se había conquistado, no era posible que mirasen su partida al Noviciado sin emoción. Por otra parte el paso que iba a dar constituía en el seno del Colegio una novedad. Ya se había perdido el recuerdo del último colegial que había partido con igual destino. Pero su decisión produjo más saludables efectos. Uno de sus más íntimos amigos, hoy R. P. José Panizo, resolvió seguirlo. Veamos cómo nos lo refiere el mismo. "Una maña-

na, en el momento en que, según costumbre, tomábamos y dábamos las lecciones corrió la voz de que Manuel Pardo se iba a Quito con el P. Sanvicente... La noticia se cambió al punto en esta otra: ¿Sabes que Pardo se mete de Jesuita? Así traducida fué como llegó a mis oídos y debo decir que me produjo tal impresión que en ese mismo instante decidí yo también entrar en la Compañía, como con la gracia de Dios lo he realizado..." El P. Pardo comenzaba, sin darse cuenta, a ejercer un apostolado que consideró siempre como un ideal de su vocación.

Aquí podríamos preguntarnos y ¿cómo surgió en su ánimo el deseo de vestir la sotana de Ignacio? No nos lo ha dejado dicho el Padre pero fácilmente se colige de lo apuntado hasta aquí. Dada su nativa inclinación a la piedad, cultivada en un hogar modelo, la rectitud de su alma y la generosidad de su espíritu no es de extrañar que en él prendiese la llama del ideal de vida perfecta. En medio de la postración en que nos había sumido el desastre su alma señora aspiraba a hacer grandes cosas por Dios y por la Patria. Pero sólo tenía 16 años y aunque su índole reflexiva podía descartar la suposición de que sólo se trataba de un capricho o una veleidad pasajera, con todo, tanto el P. Sanvicente, Superior del Colegio, como su madre misma, resolvieron probar al joven aspirante.

Por lo pronto le enviaron a pasar las vacaciones a la hacienda que la familia poseía en el Norte del Perú, alejándolo del trato con sus Profesores y del medio en que hasta entonces había vivido. Manuel se mantuvo firme no obstante la oposición que sentía en derredor, aún por parte de algunos de sus hermanos. Todavía, a su regreso a Lima, su madre dilató la concesión del permiso y sólo unos quince días antes de emprender el viaje al Ecuador, le otorgó la ansiada venia. Doña Mariana sentía, sin duda, separarse de su Benjamín, pero como cristiana sabía respetar los derechos de Dios y comprendía que para la misma felicidad de su hijo lo mejor era que siguiese su vocación. Manuel, por su parte, guardó silencio sobre su decisión y cuando llegó el momento de la partida no quiso despedirse de su numerosa familia y sólo dió un estrecho abrazo a la que le había dado el ser.

---

## CAPITULO II

### **Camino del Noviciado**

Por aquellos tiempos la entrada en la Compañía constituía para los candidatos del Perú toda una empresa. Era menester viajar por mar hasta Guayaquil en los vapores de la Compañía Inglesa y, luego de internarse en el Ecuador a loma de bestia, remontar la Cordillera y descender hacia Quita, en las vertientes orientales de los Andes. Llegados aquí, restaba aún otra jornada por los valles cada vez más abrigados hasta el oscuro lugarejo de Pifo, en donde se levantaba el Colegio Naviciado de la Concepción. Es cierto que realizaba el viaje en compañía de Padres conocedores del terreno y que en el trayecto habría de hallar cariñosa hospitalidad en las casas de Guayaquil y de Riobamba, pero es indudable que para un joven criada en medio de comodidades este viaje tenía que ser una verdadera prueba. Manuel de contextura débil y hecha al blanda clima de su nativo suelo, la llevó con entereza y hasta can alegría. El relato que hizo a su madre está lleno de interés y nos descubre la

jovialidad que lo animaba. Copiaremos algunos párrafos: "El martes a las diez y media salimos de Guayaquil en el vaporcito que sube por el río hasta Bodegas, la vista es preciosa; por los lados se ven bosques inmensos: también vimos famosos lagartos... Llegamos como a las cinco y media... dormimos en una posada de mala muerte y en unas camas que yo por descansar me levanté con bastante dolor de cintura; por supuesto que no nos metimos dentro de esas sábanas sucias; pasamos la noche muy bien acompañados por las ratas y pericotes que varias veces intentaron hacerme algunas visitas... pero mientras estuve despierto las despedí con energía... nos levantamos, al fin, hicimos un almuercito y salimos unos a mula, y otros a caballo a las 8 poco más o menos. Como a las dos de la tarde paramos y almorzamos bien, volvimos a salir y llegamos a otro pueblecito, dispersada ya la comitiva... dormimos también muy regular debido a nuestras alforjas... dormimos bien... y al día siguiente dijo el Padre misa y volvimos a emprender la marcha. ¡Qué marcha! Este fué el día peor de todos, no hay palabra con que explicar lo que son estos caminos, sólo viéndolos se puede creer; hay sitios en que las mulas quedan paradas y siguen resbalando como con patines, tal es la pendiente y el fango; en otros tuvimos que bajarnos porque las bestias no podían pasar sin atollarse, llovía sin com-

pasión; yo tenía un dolor de cabeza muy fuerte y a pesar de los esfuerzos que hice tuve que meter todo el pie en el lodo; al P. Izarnótegui lo pasaron cargado; el P. Sanvicente se cayó a un riachuelo que pasaba por ahí; pasamos al fin y volvimos a montar; pero tuvimos que quedarnos algunas horas con los zapatos y medias mojados; llegamos a otro pueblecito, llamado **Chapacote** y en cuanto entramos a la casa choza a descansar, lo primero que hice fué darme friegas de aguardiente alcanforado en las piernas y pies y mudarme de medias... en seguida, como el dolor de cabeza me seguía y tenía un poco de náuseas, me eché a dormir y no pude comer.

Al día siguiente hicimos como de costumbre otro almuerzo antes de las 8 y salimos para Guaranda; en este día fueron también malos los caminos, pero la jornada fué sólo hasta la una; comimos a las 3 y dormimos esta vez bien, porque el hotel era ya algo decente. La jornada del día siguiente fué la más larga; salimos a las seis menos veinte, después de tomar una taza de café con leche; a las diez tomamos algo de fiambre. Este día... pasamos la cordillera, hacía un viento atroz y nos caía lluvia y granizo; a las doce y cuarto estuvimos en la parte más alta, a vista ya del Chimborazo que es una gran montaña cubierta de nieve desde más de la mitad; es una cosa preciosa; almorzamos a las dos y marchamos

de nuevo hasta las cinco, hora en que cambiamos nuestras bestias que eran de trote por unos caballos que nos salieron al encuentro desde Riobamba...”

Como se deja suponer llegaron rendidos a la ciudad. Todos, excepto el P. Sanvicente, hubieron de sufrir los efectos del soroche y alguno como el P. Izarnótegui, hubo de quedarse en el camino, por no poder más. Aún cuando el Colegio de Riobamba no era un palacio, en comparación con las posadas del camino lo parecía. Manuel pudo descansar, si bien es verdad que los primeros días su estómago le hizo sufrir algo. Todo lo llevaba alegremente. “En cuanto a mi persona, decía a su madre, en la misma carta, no te digo nada de particular porque creo que no podrás suponer que esté menos contento”. En los primeros días de junio volvió a reanudar su viaje. Era la última etapa, pero ella exigía nada menos que tres jornadas una de ellas a caballo, con dormidas en Ambato y Latacunga. Al atardecer del día tercero, avistaron la antigua capital del Reino de Quito. En las afueras les esperaba una numerosa cabalgata de colegiales de San Gabriel y algunos caballeros, discípulos del P. Sanvicente, en coche. Manuel podía dar por terminadas las molestias del viaje, pero Dios quiso probarlo con un recrudecimiento de su ya crónica dolencia de estómago. El Colegio y sobre todo la

magnífica Iglesia de la Compañía le causaron admiración, no así la ciudad que le pareció triste y cuyos desniveles hubieron de sorprenderle, acostumbrado como estaba a la planicie de Lima.

El 10 de Junio, sábado, volvía a montar a caballo para dirigirse al Noviciado de Pifo. Anhelaba verse allí y soñaba ya con vestirse la sotana de Jesuita. "Qué gran día debe ser, le decía a su madre, cuando me quite ya el vestido de pecador; no puedes tomar el peso a la gracia que Dios te ha hecho, creo que nunca le podremos dar verdaderas gracias". En su alma de adolescente pesaba ya la insigne merced de la vocación y le obligaba a exhalar con humildad el himno de la gratitud. La casa de Pifo estaba entonces en sus mejores días, tanto por el número de religiosos, en su mayoría estudiantes, que la habitaban como por haberse terminado la construcción del edificio material. Este distaba mucho de ofrecer las ventajas que gozan hoy nuestras Casas de Estudio y la austeridad y pobreza que en él reinaban saltaban a la vista desde el momento en que se ingresaba en la portería. Era todo de un solo piso, si exceptuamos el cuerpo central, donde se levantaba la Capilla Doméstica, el Refectorio y el Gabinete de Física. Su construcción había corrido a manos de Hermanos Coadjutores, ayudados por peones indios y casi todos los materiales procedían de la región, habiéndose aprovechado

para el maderamen los gruesos eucaliptus que formaban un cerco en su derredor. La casa tenía que abastecerse a sí misma, pues el vecino pueblo se reducía a unas cuantas chozas miserables y Quito se hallaba demasiado lejos para la manutención. Como alguno lo observara, el Colegio Máximo de la Concepción pudo ser una buena escuela preparatoria de misioneros y su creación parece haber respondido al instante en que se abría de nuevo a la Compañía el vasto campo del Napo y otros afluentes del Amazonas, pero, una vez que la equivocada política del gobierno ecuatoriano nos cerró la entrada del Oriente, la juventud que allí había de formarse tendría otro destino y, por lo mismo, no se hacía necesario sujetarla a este casi rudo aprendizaje.

---

## CAPITULO III

### En la Casa de Probación

Aquí dió comienzo a su vida religiosa el P. Manuel Pardo. El 21 de Junio, fiesta de San Luis Gonzaga, vestía la sotana y, escribiendo a su madre dos días más tarde, le decía que, después de su Primera Comunión, no había tenido otro semejante en su vida. Aquella sotana era la librea de Cristo y, al vestirla, Manuel se comprometía a seguir a su Capitán Jesús por el camino de la pobreza, de los dolores y las humillaciones. Así lo comprendió el novel jesuita, porque a renglón seguido le escribe a la autora de sus días: "El P. Maestro de Novicios, que es como sabes el P. Garate, me dijo que al ponérmela pensara que me la daba la Virgen Santísima, que el cinto o faja me lo ponía San Estanislao y el rosario San Juan Berchmans, y yo, por mi parte, añadí que el Crucifijo y la preparación para todo esto me lo daba San Luis, cuya novena concluí la víspera de su fiesta". En efecto, Manuel desde entonces, se abrazó, siguiendo las huellas del penitente de Cas-

tellón, con la Cruz. No sólo el ambiente de Pifo le ayudó a ello, fué ante todo su Maestro el P. Garate, el que lo condujo por este camino.

Conviene que nos detengamos un poco ante la figura de este insigne hijo de Ignacio, a quien un juez tan competente como el M. R. P. General Luis Martín no dudó en llamar, cuando el P. Garate se disponía a embarcarse para América, la perla de la Provincia de Castilla. Era el Padre natural de Lumbier en Navarra, mediano de cuerpo, de anchas espaldas, rostro encendido y grave y ya a los cincuenta años tenía toda la cabeza nevada como un anciano. Había ingresado en la Compañía a una edad en que se sabe lo que se hace y, desde los primeros años de vida religiosa, comenzó a señalarse por su aplicación a la virtud. No era hombre que se contentara con una mediana santidad, antes bien, aspiraba a llegar adonde llegaron los santos con la gracia de Dios. Ayudóle la robustez de su salud y más que nada su férrea voluntad. Para él, como advierte el R. P. José Panizo, que le tuvo por Maestro en el Noviciado, las reglas que más mella habían hecho en su espíritu y más impresas llevaba en el alma eran las 11 y 12 del Sumario de las Constituciones de la Compañía que a algunos les parecen aterradoras, porque están destilando en cada una de sus sílabas sangre de abnegación y sacrificio.

"Padecer, padecer... desengaños, mientras no cobren mucho, mucho amor a la Cruz, poco han adelantado... ", solía decir a sus Novicios. Oración y mortificación fueron los dos polos en torno de los cuales giraba toda su ascética y hay que reconocer que en esto se ajustaba de lleno a lo que es medular en la de su padre San Ignacio. Pueden señalarse en su dirección y en su obra como Maestro de Espíritu algunos defectos o mejor diré algunas ligeras equivocaciones, pero es indudable que pocos han llegado a despertar tan grande estima de la oración y de la entera abnegación de sí mismos como el P. Garate. Comenzaba por dar el ejemplo. Siempre se había sentido inclinado a tratar más con Dios que con los hombres pero, desde que terminó los estudios, pudo entregarse más a su sabor a este ejercicio santo. Sabía que para hallar a Dios era necesario desasirse de todo lo criado y con valentía combatió hasta en sus últimos refugios al amor propio. La recompensa no se hizo esperar. Al sentimiento de la divina presencia se añadieron otros dones sobrenaturales y, en adelante, su oración será más de afecto y de unión que meditación propiamente dicha.

Conocedor de las grandes ventajas que el alma reporta de esta ascensión al estado místico no se cansaba de exhortar a todos se dispusiesen a recibir tan gran merced y he ahí por qué, ven-

ciendo su natural modestia y su deseo de permanecer escondido a las miradas del mundo, cedió a las instancias del P. Pablo Villada, Director de la revista Razón y Fé y escribió en ella tres admirables artículos sobre esta oración de recogimiento y el verdadero sentir de Santa Teresa respecto a ella, corrigiendo la opinión de autores tan expertos como los PP. Scamarelli, Poulain y Maumigny. (1) A la oración dedicaba, por lo regular, cinco o seis horas, quitándolas del sueño que solía tomar en sus últimos años sentado en una butaca por espacio de dos o tres horas. Yo mismo fui testigo de sus vigiliias, porque teniendo a mi cuidado la capilla doméstica, más de una vez descubrí por la mañana que alguno había cebado la lámpara del Santísimo. Sospeché que fuera el P. Maestro y un día me atreví a decirle que no me explicaba quién había andado de noche trajinando por la sacristía y su respuesta fué: Ponga más cuidado en adelante.

Anciano ya y no falto de achaques, pues eran muy frecuentes y dolorosas las jaquecas que padecía, dejó sus oficios de Rector y Maestro de Novicios y, en atención a sus méritos, dejaron a su arbitrio los Superiores la elección del domicilio, en España o América, adonde pudiera reti-

---

(1).—Véase Razón y Fé. Tomos XVII, XIX y XXI (1907-1908).

rarse. Se resistió a escoger, pero instado para que lo hiciese, escogió, dando un alto ejemplo de abnegación, el más pobre en aquel entonces y el menos apetecible a la naturaleza: la residencia de Guayaquil. Allí tuvo por principal ocupación la visita de enfermos en los hospitales hasta que cayó víctima de su celo y abnegación contrayendo la fiebre amarilla. El 14 de Enero de 1914 se extinguía apaciblemente en aquella ciudad donde apenas era conocido su nombre. Su vida había permanecido oculta con Cristo en Dios, lejos de todo ese ruido que muchas veces acompaña a las obras que se emprenden aparentemente para promover su gloria, pero que no por eso son más de su agrado ni de más sólido fruto. Su destino fué sacar aprovechados discípulos de San Ignacio, el hombre de las virtudes macizas y perfectas, y no puede negarse que consiguió su objeto. Uno de ellos fué nuestro Manuel Pardo.

Ya se deja entender que con tal maestro, el joven novicio que, no obstante su edad y su débil contextura se sentía animado a ascender por el camino de la perfección, cueste lo que costare, hizo verdaderos progresos. No había trascurrido un año desde su salida de Lima cuando se presentó en Pifo su querido condiscípulo José Panizo y Orbegoso. Oigamos a éste referir la primera entrevista que tuvo con él. Aguardaba, dice, en la sala de visitas, cuando de pronto se abre la

puerta y se presenta ante mis ojos un joven, que, a juzgar por lo corta que le venía la sotana, debía haber crecido mucho en pocos meses. Los ribetes del ruedo estaban tan gastados que parecían flecos y el color verduzco de la tela denotaba que el agua y el sol le habían quitado su color. Calzaba todavía botas que no decían con el traje clerical y en conjunto hay que confesar que su aspecto distaba de ser atrayente. Nos abrazamos con tal cariño que pronto se disipó la adversa impresión que me había producido su exterior y, al contemplar, sobre todo, la alegría que se reflejaba en su rostro y la dicha de que gozaba, no pude menos de adivinar que el Hermano Pardo era realmente feliz.

---

## CAPITULO IV

### **Por la vía de los Santos**

Lo era, sin duda alguna y su felicidad no podía explicarse sino por la acción interior de la gracia. Según el criterio del mundo, cuanto había en su derredor lejos de halagar el gusto lo contrariaba y, sin embargo, él se sentía feliz. Había comprendido ya que la verdadera felicidad no está en lo de fuera sino en nuestra entera resignación en las manos de Dios. Con razón pudo decir de él su Maestro, el P. Garate, estas palabras que son su mejor elogio: "Desde que llegó, a esta casa nuestro común amigo, se vió lo que había de ser: es decir un excelente novicio y lo fué en efectõ". Tomó tan a pecho el negocio de su propia perfección, se persuadió tan de veras que para esto le había traído Dios a la Religión,

que nada deseó tanto como alcanzarla. Así, ya desde sus comienzos en la vida religiosa, se vió en él lo que sólo después de mucho tiempo alcanzan otros y, quiera Dios, que en algún tiempo lo sientan internamente algunos. A esto se ha de añadir que para alcanzar la santidad no anduvo con rodeos, no trató de engañarse a sí mismo, contentándose con ciertas devociones y ciertos actos de piedad o mortificación, con que muchos tratan de encubrir su tibieza o su cobardía en el servicio de Dios, no; sabía que para llegar a la cima no hay otra vía que el camino real de la Cruz de Jesucristo y, coincidiendo con su Director espiritual, se dió de lleno al cumplimiento de esas Reglas 11 y 12 que nos hablan de vestirnos de la librea infamante de nuestro Redentor y de abrazarnos con la mortificación en todas las cosas posibles.

Las cartas que escribió a su madre por este tiempo están rebosando contento. Se sentía en verdad feliz y al mismo tiempo apreciaba en lo que vale la gracia de su vocación, reconociendo con humildad que era ésta una dádiva de Dios. "Creo que alguno que otro del Colegio tendrá al fin que seguirme, decía, porque me parece imposible que Dios me haya concedido a mí esta gracia y no a otros que le han servido mejor que yo; lo que siento es no haber venido antes; tú creías que era demasiado joven, pero para la gracia de

Dios no hay juventud". Los primeros ejercicios formales que hizo antes de tomar la sotana, encauzaron puede decirse su vida hacia el ideal de la perfección religiosa. Nos lo revelan sus cartas, lo atestiguan sus compañeros y nos lo dice su Superior el P. Lorenzo Sanvicente, aunque este último testimonio nos parece contestable por el gran afecto que este Padre tuvo a nuestro joven novicio. "Está tan endiosado, le decía a Doña Mariana, en carta de 15 de Setiembre de 1893, que no piensa sino en Dios".

El resultadò de todo esto fué que bien pronto llegara adonde muchos llegan tras largos años de vida religiosa. Mucho contribuyó a ello su hábito reflexivo y su escasa propensión a dejarse llevar de ilusiones y de entusiasmos pasajeros. No era la imaginación la que en él predominaba sino un gran sentido práctico. Así se explica que fuera poco amigo de devociones embarazosas o de apacentar la curiosidad, leyendo muchos libros, así fueran estos ascéticos; más adelante, formado ya su criterio en materias espirituales y con más facilidad para manejar obras de este género, hallaremos que sus habituales lecturas se reducen a los escritos de Santa Teresa o San Juan de la Cruz y a la admirable Vida del P. Baltasar Alvarez, del P. Luis de la Puente. Pero todo esto nos lo dirá breve y concisamente en esta frase que encontramos en sus apuntes: "La

obra es unirse a Dios por la oración; el medio hacer bien las cosas imitando a Jesucristo y buscando la Cruz". No se trasluce aquí un fervor repentino o una corazonada del momento sino un decidido propósito de llegar a la meta por el camino más breve y seguro.

Con más abundancia de palabras que esa frase escueta y descarnada nos lo dirá este párrafo, tomado también de sus apuntes y en el cual se descubre una de las cualidades que le adornaban; la firmeza de su carácter. Dice así: "El Señor te ha traído a la Compañía, para que seas varón ilustre como tantos otros; teniendo pues delante ésto y que tal es la voluntad de Dios y, además, que tienes gracia para ello, pues **la sientes**, vence toda dificultad que se te presente. Y si no puedes con esta consideración superar la dificultad, ponla en el Calvario y a tí con ella y vé qué es comparada con lo que Cristo padece por tí. Conque, a ver, pues, si das el todo por el todo y te entregas de verdad al Señor. A ver si te portas como uno de tantos varones ilustres; esto lo puedes con la gracia del Señor y lo debes. Estate, pues, alerta, a ver los obstáculos que más te impiden la perfección".

De intento hemos subrayado una palabra del párrafo antecedente, porque ella nos permite afirmar que cuando escribía estas líneas, hallábase todavía en el Noviciado, ya Manuel Pardo, había

merecido el singular favor **de sentir** dentro de sí la presencia de Dios. Tuvo él muy buen cuidado de guardar el secreto sobre este insigne beneficio que recibiera del cielo, pero en todo su exterior se adivinaba que algo inexplicable ocurría allá dentro de su alma. Cuantos lo conocieron y trataron pudieron darse cuenta de ello y alguno, como el P. José Roesch, nos lo dice ingenuamente por estas palabras: "Lo que me llamó siempre la atención en él fué la expresión tan apacible y de santidad que, aunque yo estaba poco enterado del sentimiento de la presencia de Dios, no podía menos de comprender que en aquella alma pasaba algo de extraordinario que se reflejaba grandemente en el rostro. Esta expresión la notaba yo, sobre todo, en el refectorio y certifico que no resistía al deseo de mirarlo, por tener el gusto de verlo, a mi modo de ver, absorto totalmente en Dios".

A esto se ha de agregar el testimonio de su Maestro de espíritu, el P. Garate. Escribiendo a uno de los nuestros le decía lo siguiente: "Al año de sotana, poco más o menos, le concedió el Señor el sentimiento de la Divina Presencia y nunca lo perdió. Cuando Ud. lo veía paseando con aquellos largos pasos tan característicamente suyos, delante de la capilla, estaba muy suavemente entreteníéndose con el Señor. Nunca se cansaba de estar solo con este trato: meditar, desde en-

tonces, ni en los ejercicios pudo". (1) El que es-

(1).—A fin de ilustrar al lector poco versado en asuntos de oración y contemplación, diremos aquí algo sobre este sentimiento de la Divina Presencia, tomándolo de las enseñanzas del P. Garate y de los artículos por él publicados en la Revista "Razón y Fé" que hemos citado en el texto. Solía él incitar a sus novicios se actuasen muchas veces con espíritu de fé en la presencia de Dios, creyendo, como es verdad, que El se halla en todas partes y, especialmente, dentro de nosotros mismos, rodeando y como absorbiendo nuestra alma, a la manera que una esponja se penetra toda del agua que la circunda. Esta presencia de Dios, ordinaria y a nuestro alcance, serviría, según dicho Padre, como disposición para obtener esa otra presencia sentida y sobrenatural con que Dios visita a sus fieles servidores. Nada mejor para explicarla que repetir aquí las palabras del P. Garate al respecto. "Enciéndese, dice, una lámpara en un aposento de noche; es evidente que nada verá distintamente el que tuviere o continuara con los ojos cerrados. Nada, digo, distinguiría: con todo sentirá un resplandor que lo certificará de la existencia de un foco de luz junto a él." Oíle también decir que así como estando juntas dos personas, si se hace de noche o se corre un velo entre ambas, la una deja de percibir a la otra pero siente cerca de sí y está segurísima de ello, así también, cuando "sobreviene en el alma el sentimiento precioso de la Divina Presencia, siéntese al punto como un resplandor de Dios. Aquello es más que luz de fe: se siente misteriosamente algo divino. No ve el alma, certísimo, nada, como con los ojos cerrados, nada ni el foco de luz, no obstante se manifiesta con distinción al hombre una misteriosa influencia de la divinidad que, tal vez, pudiera llamarse sensación y hace que el alma exclame: Hasta ahora creía en Dios, pero ya con esta nueva luz, como que siento que existe Dios".

to escribe lo oyó también de los labios del mismo Padre, cuando ya se había recibido la noticia de su muerte y recuerdo que me señaló el lugar y las circunstancias en que por vez primera le tocó Dios el alma con este carisma. Siguiendo un consejo del P. Garate, ejercitábase en la consideración de la presencia del Angel de su Guarda durante el paseo que, en las tardes, suelen tener los novicios en silencio y, he aquí que de pronto sintió su espíritu iluminado y suavemente inflamado por un contacto más íntimo con Dios. A mayor abundamiento, tenemos una prueba indirecta en el hecho siguiente que referimos con las mismas palabras del que fué actor principal en el suceso. He aquí cómo se expresa el ya citado P. José Panizo:

“El Hermano Pardo, apesar de la íntima amistad que nos unía, jamás me había dicho ni media palabra sobre el favor que Dios Nuestro Señor le hacía, yo, sin embargo, lo llegué a saber con toda certeza por un camino extraño y por circunstancias completamente casuales, mas, no contento con ello, decidí arrancárselo a pesar suyo, y aproveché para ello, la ocasión que me daba una tarde. Aquella tarde era de gran tormenta; llovía a cántaros y nos habíamos recojido en un salón que daba al campo unos cuantos jóvenes teólogos; recuerdo que éramos tres. Contemplábamnos, tras los cristales, la lluvia que, entre los ra-

yos y los truenos, caía y con la ocasión que ella nos daba, empezamos a disertar sobre la grandeza de Dios, escondida o mejor dicho, descubierta, en medio de aquella lluvia y de aquellos truenos y rayos. Yo entonces, enderecé con la mayor inocencia de este mundo, la conversación a la Presencia de Dios sentida, de que tanto nos habla el P. Garate y ya colocado en el apetecido terreno, me resolví a picarlo para ver si soltaba prenda. Confieso ingenuamente (para que se vea que de nadie hay que fiarse en este mundo) que con toda intención me dejé decir, que acaso en todo lo que sobre ella había oído no había cosa que no fuese completamente natural. Mordió el Hermano Pardo el anzuelo y como si le hubiera caído una chispa, verdaderamente se inspiró; todavía me parece que veo sus ojos iluminados por un rayo de entusiasmo y todavía me parece que oigo sus palabras llenas de fuego y de convicción con que se puso a disertar sobre la naturaleza y efecto de tan precioso don; pero con un aplomo, con una ciencia tan práctica, con un dominio tan alto en la materia, que no dudé haber conseguido lo que deseaba y, cuando nos tocaron la campanilla para terminar el recreo, bajé las escaleras satisfecho de mi victoria, que él por su lado reputaba también como suya y exclamando dentro de mí: "por fin he logrado saberlo de sus propios labios".

Aún, a trueque de parecer nimios, no vacilamos en escoger este punto, transcribiendo una página de los **Apuntes** del mismo P. Pardo, escritos con el descuido de quien escribe solamente para sí: "Piensa qué culpable eres y qué ingrato, si no te haces santo pronto; pues con estos favores que te concede el Señor en el ejercicio de su Divina Presencia, parece que se empeña en hacerte santo a todo trance; pues, como has notado, cayendo tú en mayores faltas, El te hace mayores favores". Y, consecuente con su carácter de enderezar todo a la práctica, continúa así, en otra parte: "Procuraré, pues, gran reverencia exterior en todas partes, porque siento que mucho creceré en la interior Presencia de Dios por este medio; y al fin, mi blanco es el desarrollado por el P. Carafa en su preciosa carta de los medios para conservar el espíritu, a saber, que todas mis operaciones vayan impregnadas por el actual pensamiento de Dios... y así en el remedar, (aquí se acuerda de su mal enemigo) aunque no sea sino para que nada me estorbe, he de procurar enmienda; en los juicios, volar a Dios, **omnia in uno**".

---

## CAPITULO V

### Los Votos Religiosos

Mientras esto ocurría allá en La Concepción de Pifo, Doña Mariana Barreda, a quien no dejaban de tener al tanto del estado de su hijo sea éste mismo en sus cartas, sea el R. P. Sanvicente o los Padres de nuestro Colegio de Lima, comenzó a preocuparse doblemente, primero por la salud del P. Pardo y, segundo, por su perseverancia en la religión. Es cierto que el joven novicio nunca llegó a verse libre de su habitual dolencia de estómago y tuvo, muy contra su voluntad, que sujetarse alguna vez a un régimen especial de comidas, pero este achaque, que le ha de durar toda la vida, no será tal que le postre en el lecho o le imposibilite dedicarse a las tareas a que suelen entregarse los novicios. El P. Sanvicente un tanto optimista por lo que hace a las condiciones de la casa de Pifo, no dudaba decirle a Doña Mariana que Manuel gozaba de mejor salud que en Lima y que su desarrollo se producía en condiciones mucho más favorables, sobre todo por lo

que toca al pecho. (1) A su vez, Manuel la tranquilizaba y le decía con la llaneza y sinceridad que usó siempre con ella: "La salud está bien, pero no engordo como tanto lo deseas. Te voy a decir con toda franqueza que no me gusta que muestres tanto interés por la salud corporal, más que la espiritual, pero debe provenir de que no has reflexionado bien sobre este punto, porque si así lo hubieses hecho fácil te hubiera sido comprender que, aunque estuviera toda mi vida hecho un esqueleto, no dependiera de mí sino de Dios y lo contrario hablando de la espiritual. Así que como ves es ésta y no aquella la que te debe preocupar. . ." (2)

Sin embargo, la piadosa dama no desatendía este punto, pero en sus inquietudes sobre la vocación de su hijo se descubría en el fondo un deseo, egoísta si se quiere, pero muy explicable en una madre. Temía que llegaran a entibiarse los fervores de Manuel y que un buen día cediera ante las dificultades de la vida religiosa. Este pensamiento la movió a insinuar al P. Sanvicente el arbitrio de dilatar la fecha de los primeros votos religiosos de su hijo. Estaba ya cercana y el pensar que, una vez ligado con este lazo, perpetuo por parte del que los emite, Manuel se ha-

---

(1).—Carta del 13 de Noviembre de 1893.

(2).—Carta de Noviembre de 1893.

bría de sentir coartado y, tal vez, presa de lucha interior, no podía menos de afligirla. El P. Sanvicente no pudo ocultarle su sorpresa. "Ah, qué cosa me propone Ud.! Si él lo supiera lo sentiría a par de muerte. Espera él con ansia el día de sus primeros votos y Ud. quiere que se le dieran como si no los mereciera y fuera preciso castigarle con la dilación. No, mi buena Señora, no: eso no es posible. El está contento, contentísimo, satisfecho, satisfechísimo con su vocación y nosotros lo estamos con él..." Unos días después de escrita esta carta el mismo P. Pardo, como adivinando lo que pasaba en el interior de su madre, le decía resueltamente: "Por lo demás mi voluntad decidida es, con salud o sin ella, servir a Dios aquí donde me ha traído para santificarme y cuanto más conozco mi vocación más la estimo, hasta el punto de no cambiar mi suerte con la del más feliz del mundo" (3) La lectura de estas líneas debieron convencer a Da. Mariana que no había motivo para dudar de la constancia de Manuel y de la legitimidad de su vocación, pero si ellas no hubieran llegado a convencerla, la carta que el 19 de Marzo de 1895 le dirigió, seguramente pudo disipar sus dudas. Entre otras cosas he aquí lo que decía el jesuita novicio: "Lo que sé decirte es que, aunque sé y ex-

---

(3).—Carta de 13 de Enero de 1895.

perimento que la vida de la Compañía es cruz y no ligera, sin embargo, cuando estando tratando con Dios, pienso en los goces del mundo de tal manera me parecen despreciables que, entre otras cosas que he pedido a San José en su mes, es una de ellas, el tener por toda mi vida algo fuerte que sufrir, para así unirme más y más con Cristo".

Quien con tanta valentía arrostraba la subida al monte de la perfección era sin duda digno de contraer la obligación de alcanzarla mediante los votos religiosos. Su discreción y su virtud le habían hecho acreedor al oficio de Bedel de sus connovicios y sus Superiores plenamente satisfechos de su proceder no dudaron en otorgarle la gracia que él tanto ansiaba. El 13 de Junio de 1895, festividad de Corpus Christi, hizo sus primeros votos en manos del R. P. Lorenzo Sanvicente que vino de Quito con este objeto. El mismo Padre le daba la noticia a Doña Mariana en carta de 28 de Julio de aquel año y, como todavía no se hubiesen disipado enteramente las dudas de la piadosa dama, Manuel, para acabar de asegurarla le decía en carta de 16 de Setiembre: "Mucha razón tienes de temer que yo salga algún día de la Compañía (y quiera el Señor que jamás pierda yo este temor), pero (sin decirte lo contrario), muy lejos estoy de pensar que la tengas igualmente al desconfiar de la misericordia

del Señor, pensando que me abandone, para lo cual es necesario abandonarle a El primero; y si crees que lo he de abandonar, te diré simplemente que no lo creo y alguna persona que me conoce más aún que el R. P. Superior, (su Maestro de Novicios, el P. Garate), me ha dicho que ésta es también su opinión”.

Estas confidencias tan sinceras y tan bien fundadas consiguieron por fin llevar al ánimo de Doña Mariana el convencimiento de que la voluntad de Dios no era otra sino el que su hijo Manuel le sirviese en la Compañía y, al mismo tiempo, comprendió que éste respondía plenamente a este designio del Señor e iba derechamente a su fin. Una carta del mismo P. Pardo, del 11 de Febrero de 1896, nos permite asegurarlo. Como quien ha obtenido un triunfo, le dice a su madre: “He sabido con mucho gusto que ya estás completamente satisfecha acerca de mi vocación; yo, por mi parte, cada día estoy más contento ni tengo por qué no estarlo, pues las cruces y tribulaciones que son las que suelen hacer desgraciados a los del mundo son para el buen religioso el mayor regalo; y así entre mis principales peticiones, ésta es la predilecta: **pedir al Señor muchas cruces para hacerme muy santo, que es mi única aspiración en esta vida**”.

La santidad, he ahí el blanco a que aspiraba este joven religioso que había abandonado el

mundo hacía apenas tres años. Ninguna otra cosa le atraía con tanta fuerza y, para convencernos de ello, bueno será que nos refiramos a un episodio ocurrido muy poco tiempo antes de sus primeros votos y con el cual cerraremos este capítulo de su biografía. Una mañana, el Hermano Manuel y su Maestro de Novicios, el P. Garate, salían por las puertas de la Concepción, montados en sendos caballos y precedidos por el mozo que les serviría de guía. Algo inusitado e importante debía ocurrir cuando el P. Maestro se aventuraba a cabalgar las cinco leguas que separan a Pifo de la ciudad de Quito. Era muy raro que lo hiciese, pues su salud no podía soportar el trote de las bestias. Cuando en el noviciado se supo la noticia, todos se preguntaban con ansiedad qué podía haber dado motivo a este viaje inesperado. Pero dejemos que nos refiera el suceso el mismo Maestro de Novicios. "Un día, cuenta, se presentó en mi cuarto el H. Pardo y con aire sereno me dice: Padre, he pensado que me convendría pasar al grado de Coadjutor. Mi respuesta fué pronta y resuelta: Ni Ud. ha sido llamado para coadjutor ni tiene salud para ello. Así quedó por entonces el asunto, pero el H. Pardo no se aquietó con mi resolución y escribió a nuestro difunto Padre General, Luis Martín, haciéndole la misma propuesta y repitiéndole a la letra mis palabras. El Padre Martín tomó la co-

sa en serio y me escribió... Hiciéronme fuerza las razones del fervoroso novicio y si de mi sola voluntad hubiera dependido, hubiera pasado el Hermano Pardo a ese humilde grado". Hasta aquí el P. Garate. Este, sin embargo, ni quería ni podía resolver por sí solo el asunto, de ahí que decidiera encaminarse a Quito, con la carta del General y con el mismo H. Pardo, a fin de consultar el asunto con el P. Sanvicente.

Este no quedó poco sorprendido cuando vió entrar por las puertas de su celda de Quito al Maestro y al joven novicio. ¿Qué podía traerles tan inopinadamente a la ciudad? ¿Acaso un recrudescimiento del achaque de estómago de nuestro Manuel? Nada de eso. El P. Garate dejó hablar a su novicio y, como apoyando su petición, dió cuenta al R. P. Superior del contenido de la carta del P. General Luis Martin. El P. Sanvicente mostróse, como parecía natural, contrario a aquella determinación y aunque el H. Pardo insistió y no dejó de aducir razones, habiendo de decir él la última palabra, a juicio del General, al fin hubo de ceder y de persuadirse que no era esa la voluntad de Dios. De todos modos el sólo intento de abrazarse con tan humilde grado prueba convincentemente que el H. Pardo tenía muy mortificado el amor propio y había alcanzado un gran desprecio del mundo.

---

## CAPITULO VI

### EL ESTUDIANTE

Sólidamente fundado en la virtud y, atado ya a la Cruz de Cristo por los votos religiosos, comienza para él una nueva etapa de su formación: la de estudiante. Dos años había pasado en el Noviciado, en los estudios había de perseverar por más de ocho años, casi toda su vida de religioso, haciéndose apto instrumento de la gloria de Dios. Esa era su aspiración y también la de la Compañía, pero en los destinos de la Providencia estos años como los precedentes habían de servir ante todo para hacerle cada vez más santo, la única meta de sus deseos, como él mismo decía a su madre. No le será posible en adelante dedicar a la oración y a la vida interior largas horas, pero entre los libros también hallará a Dios, pues está persuadido que esa es su voluntad.

Una circunstancia que no debe olvidarse nos explica, además, el que no se entibiase su fervor. Los estudios tal y como se emprenden en la Com-

pañía son árdulos y penosos y, por lo mismo, durante este tiempo se procura aliviar a los jóvenes la carga, desembarazándolos de otras ocupaciones y proporcionándoles ratos de esparcimiento y de descanso. Con estos atenuantes y, supuesta la inclinación al saber, la vida se hace muy llevadera y, hasta cierto punto, agradable. Pero al H. Pardo dos cosas vinieron a hacérsela más trabajosa: la una era su falta de salud y la otra la escasa afición que sentía hacia los estudios de letras humanas. Más tarde, cuando trueque el aprendizaje del latín y el griego y la retórica por la filosofía y teología, su espíritu se sentirá más a gusto, pero en los comienzos de su carrera literaria no tendrá para él atracción el estudio.

A alguno pudiera esto parecerle extraño, sobre todo si se tiene en cuenta que en su familia el culto de las letras venía a ser casi tradicional, pero la explicación es obvia. El H. Pardo no gozaba de feliz memoria y a ésto se ha de añadir que no andaba sobrado de imaginación. Ahora bien, cualquiera comprende que, sin la ayuda de tan poderosos auxiliares, el campo, para otros fértil, de las lenguas sabias y de las humanidades, no podía ofrecerle sino frutos algo acerbos. Tan cierto fué ésto que, no obstante su entereza de carácter, alguna vez, llegaron las lágrimas a humedecer sus ojos. El ejemplo de su padre Igna-

cio, vuelto niño en una escuela de gramática de Barcelona y repitiendo declinaciones y conjugaciones con los muchachos, debió alentarlos en estos difíciles momentos.

Y se aplicó a la tarea de aprender latín con el tesón que ponía en todo, hablándolo cuanto podía, en aquellos paseos inolvidables, a través de los verdes campos y arboledas frondosas que rodeaban la casa de la Concepción de Pifo. Todavía le estoy viendo, escribe uno de sus compañeros, el P. Claudio Rouchon, de paseo, con su sotana verduzca, sombrero más que verde, largo bastón de eucalipto debajo del brazo izquierdo, sostenido por delante con ambas manos, chapurreando el latín. A pesar de todos sus esfuerzos siempre quedó debilillo en dicha lengua, tanto que el mismo P. Rouchón nos recuerda poco después, "su poco respeto a la Gramática en las disputas científicas". El estudio de las Humanidades fué pues, para el Hermano Pardo ejercicio de mortificación, más que de otra cosa. No le faltaba, sin embargo, ingenio y poseía, como herencia de familia, cierta disposición para el género epigramático y ligero, en que tanto se lució su abuelo, don Felipe Pardo y Aliaga.

Poco se ejercitó en la poesía, pues le costaba mucho la rima; pero si algunas poesías suyas merecen citarse, éstas son las chispeantes, en las cuales se mostró digno nieto de su abuelo. ¿Quién

de los que los oyeron no conserva todavía memoria de los epigramas que dedicó a varios jóvenes o viejos, que de todo había, cuando a un limeño, que en aquellas regiones era sinónimo de hablador, lo condenaba como a la pena más dolorosa, a carecer de voz activa y pasiva? Y qué partido no supo sacar del apellido del P. Reyes, cuando en el epigrama a él consagrado le decía:

Aquí yace ¡oh vanidad!  
un héroe que no fué conde,  
duque, ni otra dignidad;  
algo más: no fué por donde  
un héroe en el mundo va.  
Tampoco fué general:  
ni legislador de leyes:  
fué más que Gran Mariscal,  
más que príncipe real;  
pasó de rey y fué. . . Reyes.

Finalmente, añadamos como muestra de su vena poética este soneto escrito en sus primeros ensayos de Retórica:

Dejóme una musa en mi cunilla,  
y a ser poeta obligame el destino;  
al Parnaso, por versos, me encamino  
y al verme, todos huyen en pandilla.  
Escóndese de miedo la Quintilla:

quiere huir un Cuarteto, yo, sin tino,  
al cogerlo, lo estrujo y, de camino,  
de un pisotón aplasto a la Octavilla  
y al suelo dí con la Real Octava.

Al pareado pongo en tal aprieto  
que al socio deja con un pie quebrado...  
Un viejo empuño, al fin, que se escapaba,  
a quien todos llamaban "Don Soneto",  
y hélo aquí, cojo, manco y mal parado.

Puso, por fin, término a estos estudios de Gramática, Humanidades y Retórica y pasó a los de Filosofía y, casi en seguida, a los de Teología, pues entre unos y otros no hubo más interrupción que un año de magisterio, en el Colegio de Quito. ¿Cuáles fueron sus disposiciones para estos estudios superiores? Habría que distinguir: el Hermano Pardo poseía un talento penetrante y profundo, pero no vivo ni pronto; y así, aunque con el tiempo era capaz de penetrar en las más sutiles y difíciles cuestiones, tanto como el que más, en las disputas cotidianas de clase se notaba algo atajado para deshacer las objeciones que formulaban sus contrincantes. Sin embargo, figuró en el número de los buenos talentos de su clase y, como decía uno de sus discípulos, pocos o acaso ninguno, penetraba tanto, después de reposado estudio, en el fondo de las cuestiones, hasta dar con la razón última de ellas, si bien

exteriormente no luciese nunca mucho, pues, como se ha dicho, ero lento en dar con la solución a las dificultades que se le objetaban.

Le perjudicó, además, su falta de dominio del lotín, lo cual le obligaba o expresarse con dificultad en este idioma y a dejarlo maltrecho y malporodo en las lecciones y disputos. Finolmente, no debemos olvidar su falta de salud. Esta no le permitió revolver los infolios de los grandes maestros, en donde, sin dudo alguno, se encuentran la Filosofía y Teología verdaderamente profundas, razón por la cual hubo de contentorse, generalmente, con los compiladores modernos, todos ellos, más o menos superficiales y escasos.

Pero en estas deficiencias, no dejaba de brillar su omplio criterio en Filosofía y en Teología. Admiroba, es cierto, muchísimo ol Gran Doctor de lo Iglesia, Santo Tomás de Aquino, y estudiaba siempre en sus obras las cuestiones de mayor importancia; pero su admiración no le arrastraba hasta el servilismo de algunos. Por eso el Hermono Pardo, en aquellas cuestiones, siempre de menor cuontía, en que, conforme ol espíritu de nuestro Instituto, podemos juzgor con alguna mayor libertod, si llegoba a entrever que el angélico Doctor había rendido tributo a lo limitación del entendimiento humano, muy a pesar suyo, no dudaba sepororse, aunque con reverencia, de su manera de sentir. Tributabo, pues, grande ad-

miración a Santo Tomás, por una parte, y por otra, no regateaba su entusiasmo a nuestros grandes escritores, especialmente a aquel a quien se ha llamado "**El Doctor eximio**", el P. Francisco Suárez. Le llegó a cobrar tanto cariño, que le produjo siempre no poca indignación la falta de respeto con que cierto escritor moderno, de segunda fila en punto a filosofía, trata a tan esclarecido autor.

Por lo dicho ya se comprenderá que el P. Pardo, por la índole misma de su talento, estaba mejor dotado para la solución de los problemas de orden práctico que no para los de orden meramente especulativo. Por eso sus inclinaciones lo llevaron con preferencia al estudio de la Teología Moral, siendo frecuente hallarlo en la Biblioteca revolviendo las obras de los grandes moralistas y tomando apuntes con el objeto de formar sólidamente su criterio en esta ciencia tan necesaria al Director de las almas. Su trabajo, además, no se reducía a leer pasivamente a estos autores, aceptando sin más ni más sus conclusiones, no; más de una vez, y especialmente en la delicada cuestión de restitución, los consultaba para certificarse del fundamento en que se apoyaban los modernos para tener por probable o más probable ésta o aquella sentencia.

Pero, en medio de estos afanes literarios, no olvidaba que su principal intento debía ser su

propia santificación y así se explica el hecho siguiente que refiere en una carta el P. Garate: "Muchas veces me instó para que le permitiera hacerse el bobo en las clases a ejemplo de aquel P. Gonzales, compañero de Tercera Probación del V. P. Luis de la Puente; aunque lo hubiera sabido hacer muy bien, no se lo consentí por justas causas". Y termina: "Puedo asegurar que el mayor deseo que ocupó su corazón, fué siempre el de alcanzar la unión con Dios".

En su vida de estudiante dejó imborrable recuerdo el año de 1889, cuando cursaba el Segundo de Filosofía. Sus compañeros eran en total 14, todos más o menos joviales, todos llanos, sinceros y sin esas reservas que en el roce cotidiano suelen enfriar el trato y lastimar a veces. De allí que reinara en esta comunidad una expansión y un contento, que hacían la vida verdaderamente encantadora. Era Bedel, como casi siempre lo fué desde el noviciado, el Hermano Pardo, y, también, era el que más se esforzaba porque reinase entre ese grupo de jóvenes, la alegría, que entre religiosos se traduce y es fruto de esa hermosa virtud que se llama Caridad.

Sembrado dejaron ese año de gratísimos recuerdos los verdes y espesos bosques de Chanta, Paluquillo, San Javier y Sisipampa, en donde, olvidados por un momento los estudios, corrían veloces las

horas en los asuetos o días de campo. Después de dar cuenta de la frugal comida que humeante salía de la encendida fogata, unos se dedicaban a recoger las múltiples especies de insectos, mariposas o pajarillos que pueblan esos lugares o a herborizar en la abundante y variada flora de la región, otros más reposados, buscaban un árbol, bajo cuya sombra saboreaban la lectura de un libro y, al caer de la tarde, reunidos en el sitio más hermoso del bosque, ante una imagen de María, adornada de rústicas flores, hacían resonar aquellas soledades con las cadenciosas preces del rosario y el hermoso canto de las letanías. Otras veces, era el tupido bosque de eucaliptus que se extendía por detrás de Pifo el escenario de esas reuniones; sentados alrededor de la laguna o a la sombra de un ciprés vetusto se ponían a cantar, al atardecer, ya romanzas francesas o canciones españolas, o a ensayar la estudiantina que había de hacer su estreno aquel año, en las clásicas fiestas de Navidad. El Hermano Pardo, se distinguía en aquel grupo, por sus felices ocurrencias, por la fina sátira con que envolvía muchas de sus alusiones y el gracejo de sus chistes. Podría decirse que le era connatural el epigrama. A esto se ha de añadir su habilidad para imitar, la mímica con que acompañaba sus descripciones de tipos y personas, desde los vendedores ambulantes de Lima hasta el grave y estirado Prefecto de Estudios.

En medio de tan inocentes esparcimientos, su delicada conciencia le sugería estas reflexiones: "Propongo, escribía ya en el Noviciado, no dejarme llevar en ninguna manera de la disipación y, para el caso, propongo dos golpes de disciplina cada día por cada risa no contenida". Apenas hechos los votos, escribe: "Quitar todos los chistes, bromas y demás niñerías, para lo cual aumentaré dos golpes de disciplina cada vez que cayere en alguna falta de gravedad religiosa". Al acabar su Juniorado, anotaba: "Sirviéndome de esta continua Presencia del Señor que se ha dignado concederme, procuraré que en todo mi modo de ser, no aparezca sino el hombre interior y espiritual, dejándome por lo tanto, de gracias y otras cosas". Más tarde dirá: "Entereza y sequedad en todo; para cortar cualquier broma y falta de gravedad andaré avivando la Presencia de Dios, serio y recogido".

Todavía al final casi de sus estudios, insiste en dejar a un lado las bromas y chistes que condena a muerte, sin compasión. Pero, cierto, su conciencia no tenía por qué inquietarse; pues su conducta en general dejaba más bien la impresión de demasiada gravedad y así no creemos desacertado si señalamos como un defecto del hermano Pardo no haber alcanzado la suficiente libertad de espíritu para convencerse que muchas

de esas cosas las podía hacer no sólo lícita sino también, santamente.

Por esto en él se descubre ante todo al hombre penetrada del espíritu ignaciano, que, para vencer sus defectos, se propone hacer lo contrario de aquello a que la naturaleza lo inclina y, con efecto, llevaba tan allá el cumplimiento de este propósito, que sus conversaciones espirituales parecían, a las veces, un tanto rígidas y serias, con aire más bien de pláticas que de conversaciones familiares. Este defecto, si cabe llamarlo así, procedía de esa falta de libertad de espíritu, que sólo desaparece después de muchos años de ruda labor. Entre tanto, no es raro, aún en varones santos, encontrar alguna estrechez de ánimo, que conduce a la aplicación poco prudente de la célebre máxima: Vencete a tí mismo. Sin embargo, con el gran talento práctico que Dios le dió, paca a poco fué cayendo en la cuenta de ello, de suerte que más tarde con la calma y reposo de quien lo sabe por propia experiencia, escribía: "en cuanto a gracias, algunas moderadas, no está mal".

Pero pasemos a escudriñar un tanto el fondo de su espíritu, todavía en lucha con la débil naturaleza y descubriremos ese admirable tesón que fué uno de los rasgos más sobresalientes de su santidad. Mucho agrada al Señor el aroma que despidе la oración de un alma santa, pero

acaso le satisface más el olor del holocausto, el resignado silencio del sacrificio y del dolor.

Ante todo, fué de admirar su igualdad de conducta en todas las cosas, siempre y en todas partes. En la vida callada y hasta monótona del religioso que atiende a su formación no es extraño que se ofrezcan alternativas de bienestar y agobiamiento, de consuelos y de penas, de alientos y de desmayos y, el heroísmo, porque lo es, de esta vida, consiste en permanecer inalterable en medio de las fluctuantes marejadas de nuestro espíritu, no dejándose arrastrar por la alegría ni subyugar por el desaliento. Tal fué el Hermano Pardo. Y podríamos preguntar ¿es que, acaso, nunca experimentó las dificultades inherentes al trabajo de la adquisición de las virtudes? ¿Disfrutó siempre de sobrenatural aliento para seguir adelante por el estrecho camino de la perfección? La respuesta a esta pregunta nos la van a dar sus mismas palabras: "Estoy sin luz; pues bien, cuando estés sin luz, sin querer nada sino satisfacer tus inclinaciones, cuando sea tu voluntad no ser santo, sino dar al traste con todo: ¡adelante! ¡adelante!, hay que hacerlo, no hay remedio; ahora estás loco, y pronto saldrás de este estado; en fin, como a un toro bravo... y no te pongas a pensar en esta razón o la otra que nada te sirve en estos casos". Y, poco después, exclama con una resolución verdaderamente notable: "No hay,

pues, más remedio que cumplir con mi fin de ser varón ilustre y perfecto, humillándome mucho delante de Dios y buscando siempre la cruz y la angustia del corazón, sin consuelo . . .”

El cuadro que se desenvuelve a nuestra vista podrá a algunos parecerle sombrío pero, en realidad, es hermoso. Y en efecto, bello es contemplar a un joven, lleno de porvenir, en cuyas manos puso la fortuna mil risueñas esperanzas, renunciar a todas ellas, y abrazarse por Dios y, libremente, con las angustias de un corazón sin consuelo. Heróico parece, si se entabla un cotejo entre sus hermanos de sangre, rodeados de comodidades y de honores, encumbrado uno de ellos a la primera dignidad de una nación y este joven religioso que a la misma hora en que ellos triunfan y gozan, según el mundo, estrecha contra su pecho el Crucifijo y dice en medio de sus tristezas: “Señor, está bien: me angustio, pero lo quiero”.

---

## CAPITULO VII

### El Magisterio

Antes de empezar los estudios filosóficos, fué enviado el H. Pardo, al Colegio de Quito, donde debía ensayarse en la enseñanza y, además, reponer su salud quebrantada. Llegó allá el joven jesuita y aunque su figura espigada y macilenta no era la más a propósito para conciliarse el respeto y alcanzar autoridad, dejando a un lado su condición de peruano, lo cierto es que ya desde un principio supo conquistarse la voluntad de sus subordinados y llegó a tener sobre ellos verdadero ascendiente. ¿Cómo explicarse el hecho? En primer término la seriedad que él ponía en todas sus cosas le hizo entregarse de veras a esta tarea y no omitir esfuerzo por desempeñarla a la perfección. Sus alumnos no pudieron menos de caer en la cuenta del vivo interés que se tomaba por su formación y su aprovechamiento en las letras y esto, por fuerza, tenía que ganarles el corazón. Añádase a esto la modestia de su porte y la circunspección que ponía en el hablar, la virtud, en fin, que se traslucía en todo su ser y he ahí el

secreto de su éxito como maestro y de la favorable impresión que produjo entre los colegiales.

De su correspondencia y de la del P. Sanvicente con Doña Mariana se deduce que el magisterio del P. Pardo tuvo dos etapas: la una fué corta y motivada por el precario estado de su salud. Casi al final de sus estudios de Humanidades y Retórica se debió sentir peor que de costumbre y el P. Sanvicente resolvió llamarlo a Quito. En Febrero de 1897 nos lo encontramos allí y su vuelta a Pifo no debió realizarse hasta Junio. En aquellos meses su principal cuidado fué, como ya se deja suponer, el recobrar la salud pero no dejó de dársele alguna ocupación en el Colegio, especialmente la vigilancia de los alumnos externos; la otra fué más larga, pues se extendió desde Setiembre de 1900 hasta el mes de Julio del siguiente año, fecha en que regresa a La Concepción para emprender el estudio de la Teología. De ambas etapas se ha de entender lo que después diremos, pero sobre todo de la segunda.

Apenas llegado tomó muy a pecho una de las más difíciles tareas de los jóvenes encargados de velar por la disciplina: el fomento de los juegos durante los recreos. Usábanse y todavía se usan en nuestros colegios no sólo para vigorizar el cuerpo y dar algún descanso a la mente sino además para estimular el compañerismo, el espíritu de cuerpo y avezar a los jóvenes a la lucha

contra el egoísmo que nunca sale a relucir tanto como en las lides infantiles. Pero todo esto exige suma vigilancia de los encargados de velar sobre ellos y no es poco el trabajo que demanda el poner a todos en actividad y hacer que aún los más remisos y flojos abandonen su quietud y se eviten los llamados corrillos, donde no es extraño que se deslicen a veces conversaciones peligrosas. Todo esto lo sabía muy bien por propia experiencia el H. Pardo, pues podía repetir aquello de haber sido cocinero antes que fraile y he ahí por qué con verdadero espíritu se dedicó a organizar en toda regla los deportes, fomentando los encuentros entre los bandos de clase y enardecido a unos y otros a fin de que todos pusiesen en estas luchas el mayor interés.

Pero lejos estuvo de incurrir en un error, frecuente en nuestros días, aún en los planteles dirigidos por religiosos, dándole a estos ejercicios físicos una importancia que no tienen y rompiendo con la ley fundamental de toda educación: el armónico desenvolvimiento de nuestras facultades. Por esto puso mayor empeño en despertar el interés por el estudio y las disputas de clase, avivando la atención a veces dormida de los alumnos, condición indispensable de todo aprendizaje. Fundó con este objeto una Academia de Filosofía entre sus discípulos, a fin de adiestrarlos en el debate de las más importantes cuestiones e

iniciarlos de esta manera en el arte de exponer y defender las propias ideas.

Todo esto venía a probar una cosa: que el H. Pardo había llegado a penetrarse del doble fin de la Compañía: santificarse a sí mismo para luego santificar a los demás. Ante todo y sobre todo, como lo repite hasta la saciedad en sus cartas y en sus notas, su deseo era ser santo, pero lo quiso ser a la manera de Ignacio, trabajando también por la salud de los demás. Por eso obraba con la mira puesta en sólo Dios, sin atender a otros respetos, buenos en sí pero no de tan subidos quilates como el primero. Así se explica el que hiciera poco caso de su exterior, dándosele un ardite de que su sotana o sus zapatos parecieran pobres y raídos, pues en la teoría y en la práctica lo primero para él era imitar a Cristo en su pobreza. Hace al caso lo que se cuenta de uno de sus viajes a Quito, cuando todavía se hallaba estudiando en la Concepción de Pifo. Tanto había perdido el color la sotana que vestía, que los alumnos al oír que se llamaba Pardo corrigieron el nombre y le llamaron el **Padrecito Verde**. Como a mano viene, no dejaré de transcribir este párrafo de una carta del P. Sanvicente a la madre de nuestro héroe. "Para edificación de Ud. quiero que sepa que días pasados, estando yo en Pifo, observé que el H. Pardo andaba con sotana ya parda por el uso. Dí orden de que se

le hiciera otra pero él reclamó y se resistió a dejarse tomar la medida y cuando supo que era yo quien lo había mandado, vino a exponerme sus razones porque le permitiera seguir con la misma sotana". Así era en la práctica, pero veamos cuál era su teoría. La hallamos consignada en uno de sus apuntes. Dicen así: "Mira que has ofrecido a Dios todo cuanto tienes, hasta tu pobre sotana; acuérdate que se lo has entregado todo, cosa por cosa, obligándose en cambio el Señor a dártelo todo, comida, vestido, etc. De manera que si caes en alguna falta de pobreza o te pegas a algunas cosillas, será lo mismo que ir al Señor a pedirle que te devuelva lo que le has ofrecido".

Pero dejemos que él mismo nos refiera sus impresiones de este año de brega en los patios y en las aulas del Colegio de San Gabriel. "Ahora estoy pagando, le escribe a su madre, en carta de 13 de Febrero de 1897, todas las que les hice a los PP. González, Valdecasas, etc. Como que me han dado la vigilancia de los externos, los cuales son muchos y traviesos, pero con el favor de Dios me hago respetar; como sabrás han promulgado poco ha la ley de libertad de estudios, en virtud de la cual los alumnos pueden dejar de asistir a las clases cuando les parezca y como éstas otras muchas cosas, lo cual hace más difícil todavía nuestra posición..." El P. Sanvicente confirmaba lo dicho por nuestro novel profesor y asegura-

ba a Doña Mariana que "desde el primer día se ha hecho respetar de los alumnos, pues no le falta energía y le ayuda un criterio seguro y cierto, dirigidos por virtud sólida".

Inútil es decir que oraba por sus discípulos, hacía algo más: ofrecía a Dios los sacrificios y molestias que la vida de magisterio lleva consigo por el bien de sus almas. "Con los niños me va bien, dice a su madre, y estoy contento y si algo me molestan, lo ofrezco al Señor por ellos mismos para que les abra los ojos y les dé a conocer lo que me dió a mí y no se condenen, pues gran peligro corren". Casi al final de este período de su vida, en los últimos días de Junio, pasó a Pifo a recibir de manos del Arzobispo de Quito, D. Pedro Rafael González, la primera tonsura y las Ordenes Menores. Era el primer paso para el sacerdocio y una nueva consagración del joven levita. En su interior debió sentirse lleno de gozo, aunque a decir verdad más todavía que la insigne gracia de ser sacerdote de Jesucristo le atraía la de ser santo. Por eso podía escribir a su madre, en Noviembre de 1897: "De la salud, como de costumbre, trampeando y procurando hacer en los estudios lo que buenamente se pueda. Lo bueno es que sin salud se puede ser santo y muy santo, que es lo que más aprecia la Compañía y lo que hace instrumentos más idóneos de la gloria de

Dios; consiga yo serlo y me doy por bien pagado; pídeselo mucho a San José”.

Cuando en 1900, terminados los estudios filosóficos volvió a Quito se dispuso a aprovechar esta segunda etapa de su magisterio, haciendo todo el bien que estaba a su alcance. El 5 de Noviembre le decía a su madre: “Ahora estoy metido en una nueva manera de vida, más activa pero no menos laboriosa que la seguida hasta aquí. Jueves y Domingo salgo a paseo con unos 30 pollos internos que, en medio de sus travesuras, me dan que hacer menos de lo que yo di **en mis vacas flacas**; yo admiro la gracia de la vocación, pues cosas que sin ella se harían a otros insufribles, con ella está uno completamente satisfecho y no con otra ambición que la de santificarse y hacer bien a los demás, aunque sea a costa de mucho trabajo”.

No se redujo a esto su labor pues también le encargaron el curso de Lógica y supo desenvolverse a satisfacción de todos. Data de este tiempo una acción suya que demuestra su generosidad y, al mismo tiempo, su discreción y rectitud de juicio. La situación financiera de la Misión del Perú no era nada envidiable. El nuevo Colegio de Lima había comenzado por echar sobre sí la pesada carga de una deuda, mediante la cual se había logrado adquirir ventajosamente un terreno en el futuro barrio de la Colmena. En cuanto al de

Arequipa, fundado algunos años antes, estaba amenazado de venir a parar a manos de sus acreedores que urgían el paga de ciertas cantidades, sin que se vislumbrara el modo de poder satisfacerles. El Superior, P. Próspero Malzieu, había más de una vez representado al P. Sanvicente la angustiosa situación de aquella casa y, enterado por éste nuestro P. Pardo, decidió aliviarla, aplicando con tal objeto la renta que producía su legítima y a la cual todavía no había en rigor renunciado.

Si el H. Pardo se hubiese determinado tan sólo por el afecto natural éste debía inclinarlo a favorecer el Colegio de Lima, donde se había educado y que le era bien conocido, pero no lo hizo así y el mismo se encarga de dar la razón en una carta que dirigió a su madre, desde Quito, el 24 de Abril de 1901. "Me preguntan por qué es objeto de mis preferencias Arequipa, la razón es sencillísima: deben 70000 soles, algunas cantidades al 12%, pagaderas a muy cortos plazos y en estos meses, entre otras, tenían que pagar una a un judío que amenazaba llevarlos a los tribunales si no pagaban y temían que sacaran a remate el Colegio. La situación era y es apurada y, aunque naturalmente el pobre P. Olmo tendrá que pasar sus vergüenzas, pidiendo dinero, al fin lo primero es lo primero". Hemos querido consignar este dato para que se advierta su desprendimiento.

## CAPITULO VIII

### **Camino del Sacerdocio.**

El H. Pardo de haber seguido el rumbo que generalmente siguen nuestros jóvenes estudiantes hubiera debido permanecer tres años en los Colegios, pero razones que ignoramos determinaron su vuelta a Pifo, después de un año de magisterio en la capital del Ecuador. A mediados de 1901 ya se encontraba de nuevo en su querido asilo de La Concepción, en donde había de pasar tres años enteros dedicado al estudio de las ciencias sagradas. Este período de su vida puede considerarse como una preparación al sacerdocio y así lo comprendió él. Para su salud tal vez hubiera sido más ventajoso que se hubiese prolongado su estancia en Quito, pero el H. Pardo, como lo escribía a una de sus hermanas, se alegró de haber anticipado el estudio de la Teología, porque así se avecinaba para él un instante con el cual había soñado muchas veces, el de subir al altar de Dios.

Tenía la mira puesta en el sacerdocio y desde el primer momento consideró que todo esfuer-

zo era poco si se atiende a la grandeza de esta dignidad. Pero su vista se extendía más allá y columbraba el campo que Dios deparaba a su celo y las almas a quienes podría llevar la palabra de salud. "Estoy muy bien en mi rinconcito, decía a su madre en una carta de 23 de Setiembre de 1902, año y diez meses me faltan para la ordenación y tres o cuatro para salir del nido; lo que verdaderamente me preocupa es el pensar que no llegue a sacar el espíritu y santidad necesarios para hacer el fruto que hacían nuestros primeros padres: un hombre verdaderamente santo es increíble lo que puede y así debe ser un jesuita; pide, pues a Dios que me aproveche bien del tiempo que me queda".

Su vida en esos tres años que aún debía pasar en La Concepción tuvo, dentro del trabajo que demanda el estudio y las molestias que le ocasionaban sus achaques de estómago, toda la placidez y encanto que tiene la vida religiosa en la Compañía, en esta última etapa de la formación. Las materias que le correspondía estudiar no tenían la aridez de las cuestiones filosóficas y se amoldaban mucho mejor a su espíritu eminentemente práctico. Le rodeaban, además, unos doce o quince jóvenes alegres y decidores, venidos de diversas partes del mundo, entre todos los cuales reinaba la más completa armonía y brillaba esa virtud que hace tan dulce la vida religiosa

en común: la caridad. El ambiente tranquilo y sereno de La Concepción y sus amenos alrededores al par que convidaban a la meditación y el estudio ofrecían ancho campo a las excursiones y paseos con que se interrumpían las graves labores de todos los días y aún cuando las comodidades de la casa eran pocas y se echaban de menos hasta algunas cosas necesarias, esta misma circunstancia contribuía a que la unión y la alegría fuesen más estrechas, porque todos en lugar de mirar por sí y pretender la satisfacción de un deseo egoísta sólo atendían a hacer más llevadera la pobreza y a procurar el bienestar de los demás.

Nuestro joven teólogo dióse de veras al trabajo, en cuanto se lo permitía su flaca salud y no satisfecho con abastecerse de ciencia teológica prestó atención a todo cuanto podía serle útil más tarde en el ejercicio de su ministerio sacerdotal. Con este fin fué anotando en su cuaderno de apuntes lo que sabía se practicaba con éxito en otras partes y las industrias de que se valían los hombres de celo para ayudar a sus prójimos. Un buen testigo de las virtudes del H. Pardo, el P. Herbach, escribía poco después de su muerte las siguientes líneas que son una confirmación de lo que venimos diciendo: "Tenía grandes deseos de trabajar por la Iglesia y sus ideas de apostolado no eran estrechas ni rutinarias: se hacía cargo de las

nuevas necesidades que han creado a la Iglesia las nuevas circunstancias. Seguía con interés las peripecias de la lucha empeñada hoy día, principalmente en Europa, entre el espíritu cristiano y la llamada civilización moderna. Admiraba a los hombres de acción, como el P. Ricard, célebre asuncionista, fenecido hace muy pocos años, que supieron amoldar su celo al tiempo y al país en que vivían. Eran estos asuntos tema frecuente de sus conversaciones y por ellas pude colegir que sus deseos de trabajar por Dios y por la Iglesia procedían de un celo puro y sano, porque amaba de veras a Dios y a las almas. He dicho que sus ideas de apostolado no eran rutinarias, pero eso no significa y estoy lejos de pensarlo que el H. Pardo fuese propenso a novelarías: antes bien se distinguía por su juicio práctico y seguro".

Entre sus apuntes tomados al azar y cuando la ocasión se presentaba nos encontramos con citas tomadas de la revista francesa "**Etudes**", de la española "**Razón y Fé**" y otras, escogidas de las **Cartas Edificantes** que la Asistencia de España y luego las Provincias que la componen daban periódicamente a luz. Unas se referían al modo de atraer a los hombres a la fé, cualquiera que fuese su clase y condición; otras miraban especialmente a la clase obrera y a las organizaciones creadas para su alivio material y espiritual, como las cajas de ahorros, las cooperativas, los cen-

tros recreativos o de estudios sociales, etc., poniendo término a sus notas con esta frase que podía convertirse en lema de la acción del operario de hoy: "el sacerdote debe acercarse cuanto le sea posible al pueblo".

No escaseaban las observaciones sobre la enseñanza catequística, copiando lo que en esta parte se hacía en algunas ciudades de la Península, como Madrid y Sevilla; las relativas a la difusión y propaganda del periódico católico y de la buena prensa y al modo de sostenerla y llevarla adelante. Pero entre todos estos asuntos había uno que parecía dominarlo y atraía poderosamente su atención: aludimos a su interés por cuánto se relacionaba con la educación y formación de la juventud. En su sentir ésta era la clave del futuro de la Religión en estos países. Y no se engañaba. Reunió multitud de planes de estudio, seguidos en Alemania, Bélgica, Francia y España y hasta comenzó a emborronar algunas cuartillas sobre tan importante materia. Como era natural su pensamiento se volvía al Perú y le dolía que nuestra patria se hallase tan a la zaga en esta parte.. De sus palabras se deduce que hasta entreveía, lo que hoy es una halagüeña realidad, la fundación de una Universidad Católica, pues claramente le constaba que en la vieja Universidad de San Marcos de Lima y en sus hermanas de Arequipa, Cuzco y Trujillo, la atmósfera

que se respiraba era absolutamente laica, indiferente por completo a la Religión y hasta hostil hacia ella. Como no deseamos que se atribuya esto a una interpretación de nuestra cosecha vamos a transcribir sus propias palabras: "Fundar Universidades, dice, para que no se pierda el fruto de la instrucción secundaria".

Ya se deja entender que entre los problemas que agitaban su espíritu forzosamente uno de ellos sería el de las vocaciones sacerdotales y, sobre todo, el de las vocaciones a la Compañía. Juzgaba con sobrada razón que en su comparación todos los demás eran de segundo orden y de menor cuantía, especialmente en el Perú, donde la carencia de ellas era entonces y sigue siendo angustiosa. Estando en Pifo, dejóse sentir en la Vice Provincia que comprendía el Perú, el Ecuador y Bolivia, la falta de sujetos y se acudió, como es de rito en estos casos a San José, pidiendo a Dios por la intercesión del Padre Nutricio de Jesús el remedio de esta grave necesidad. Dilatóse más de lo que podía esperarse el auxilio y por entonces escribía en sus apuntes el H. Pardo, dirigiéndose al Señor: "No quiero concluir sin manifestarte una pena que me aflige; bien sabéis, Vos, Oh Salvador del mundo, las circunstancias en que se encuentra este noviciado. Hace tiempo que estábamos ya recelosos del corto número a que quedaría reducido, pero nunca jamás se

me ocurrió a mí, tener que fundar las esperanzas de la abundante mies de estas tres naciones: Perú, Ecuador y Bolivia, en tres novicios que ciertamente no son tres Javieres (con perdón sea dicho). En tales aprietos, ¿qué hacer? No tengo para qué repetiros lo que se hizo: mejor lo sabéis que yo. Recurrimos a Vos, hace ya algunos meses, pidiéndoos siete novicios de estas tierras, sólo siete. Toda la comunidad os hizo una novena; nosotros los novicios, varias veces, los rezos diarios, hermosas promesas, si los mandábais. San José es, por otra parte, padre de Jesús, Esposo de María; Santa Teresa, dice, que a nadie niega nada; quien no me creyere, añade, pruébalo. Querría ponerlos en aprieto con todas las cosas que os iba a decir, pero no me alcanza el tiempo. Con que, para acabar, lo que me aflige, sobre todo, es que temo que va a perder su prestigio, como sospecho que lo va perdiendo. De modo que, en suma os pido, por muchos fines, que dentro de seis meses seamos doce novicios''.

No tuvo Dios a bien conceder esta gracia de inmediato, pero no pasó mucho tiempo y el noviciado de Pifo comenzó a recibir algunos jóvenes venidos de Bolivia, el Ecuador y el Perú. ¿Serían algunas de estas vocaciones fruto de las súplicas del H. Pardo? Tal vez, lo que si es cierto, porque yo mismo lo pude comprobar, es que recibía especial contento al saber que alguno se

aprestaba a seguir sus huellas y, cuando al llegar a Lima, en 1904, tuve el gusto de conocerlo, no dejó de preguntarme si otros jóvenes como yo se hallaban animados del mismo deseo de ir en pos de Cristo. Desde el cielo, es indudable que más ardientemente que nunca suspirará por el florecimiento de las vocaciones en el Perú y por eso nuestras súplicas se deben apoyar en las suyas.

En Marzo de 1903 y, faltándole tan sólo un año para la ordenación le decía a una de sus hermanas: "Veo que por allá se piensa en mis órdenes casi tanto como yo; y lo concibo, pues no ha podido Dios Nuestro Señor hacer un beneficio mayor a toda la familia que llamar a uno al sacerdocio, a la Religión (no a cualquiera sino a su Compañía), distinguiendo a nuestra familia entre tantas otras del Perú que están muy lejos de gozar de semejante beneficio. En cuanto a las circunstancias de que la primera misa sea en Lima, Dios sabe si es un plan un poco descabellado y no sé si mamá se habrá entregado a deseárselo, pues a ella no se le pueden ocultar los inconvenientes". No se forjaba, pues, ilusiones sobre un acto que había de transformar su vida y marcarlo con un carácter indeleble. Le preocupaba mucho más la disposición de espíritu con que debía prepararse a recibir tan grande dádiva y la necesidad de hacer caudal de ciencia para ser apto instrumento de la gloria de Dios.

Pero tampoco se olvidaba, de los suyos y creía de su obligación emplear el poder que se le iba a confiar en beneficio, primeramente, de aquellos a quienes le unían los lazos de la sangre. De sobra se entiende, decía a su madre que mi primera misa la aplicaré por mi padre y la segunda por tí y las demás se repartirán convenientemente. Ya algo más cerca de la esperada gracia, no puede menos de confesar que la idea de su elevación al sacerdocio le obsesiona y desde que se levanta hasta la hora de recogerse en el lecho le domina y, por consiguiente, la de prepararse para ello. Si pide oraciones es con este intento, como quien tiene clara conciencia de que esta gracia no se merece pero se implora y se demanda con humildad.

---

## CAPITULO IX

### **En el Altar.**

En el mes de Abril del año 1904 el P. Pardo pasaba a Quito a reponer su salud y a preparar en privado el examen del tercer año de Teología. Estando allí, recibió el P. Lorenzo Sanvicente la orden de pasar a España y vino a sucederle, por el momento, el P. Ildefonso del Olmo que hasta entonces había tenido a su cargo las casas del Perú y Bolivia. Algún sentimiento tenía que producirle la separación del primero, que con afecto tan paternal le había cuidado siempre, pero él supo sobreponerse a tan legítimo afecto y sólo vió en este cambio la mano de Dios que todo lo ordenaba para su bien. Ambos superiores habían convenido en que no bajase a Lima, pues en el estado en que se hallaba su salud le sería perjudicial el clima de la ciudad que le vió nacer y, él, por su parte, abrazó esta determinación y no dió muestras del menor disgusto.

La expectativa de sus órdenes no dejó de ofrecer algunas inquietudes. Por una parte, en el mes de Febrero de dicho año se le daba una noticia que a otro hubiera sumido poco menos que

en la desesperación. Hasta entonces no se sabía ciertamente si era tuberculoso, aún cuando había fundados motivos para temer que la terrible enfermedad hiciera presa en él. Su continua debilidad de estómago y su delgadez lo predisponían para ello, pero no se había declarado el mal. Un nuevo examen a que fué sometido dió a los médicos argumento bastante para el fatal diagnóstico. El 2 de dicho mes, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, escribía en su diario espiritual: "Se declaró auténticamente que estoy tísico. En manos de María puse hace meses mi salud y se la pido condicionalmente, sólo por celo de las almas. No la pediré a ningún otro santo ni al mismo Nuestro Señor. María sabe lo que me conviene y Ella lo pedirá". Con esta naturalidad y sencillez se daba a sí mismo cuenta de su mal y se abandonaba como lo hace un niño en los brazos de su madre. Veía troncharse el ideal de su vida, pues no se le ocultaba que no le sería posible consagrarse por entero al bien de las almas y hasta la dicha de su sacerdocio venía a quedar aminorada por la melancolía que produce la brevedad del bien que se va a gozar. Todo esto lejos de abatirlo no hizo más que acrecentar sus deseos de unirse estrechamente con Dios, haciendo abstracción de todo lo demás.

No fueron estas las únicas espinas con que Dios quiso sembrar su camino. Su anhelada or-

denación era todavía incierta e iba aproximándose la fecha sin que se supiera a punto cierto si sería posible el que se realizase. Vino a crear esta situación el intempestivo deceso del Arzobispo de Quito, D. Rafael González Calixto, gran amigo de la Compañía. Con su muerte sólo quedaba en el Ecuador un Obispo, D. Arsenio Andrade, que regía la diócesis de Riobamba y cuya avanzada edad hacía dudar si se sentiría con fuerzas para ordenar a los candidatos al sacerdocio, sobre todo, en tres días sucesivos, como por privilegio era posible hacerlo con los religiosos de nuestra Orden. Por otra parte, el reciente cambio de Superiores había dado motivo para que no se tomara una pronta y decisiva determinación y los cuatro jesuitas que por tanto tiempo y con tan fundado anhelo aguardaban este momento, estaban sumidos en la ansiedad. No perdieron, sin embargo, la esperanza y resolvieron valerse de su Padre San Ignacio para obtener este favor del cielo.

Habían comenzado su novena y al día siguiente llegaba a Pifo un telegrama en el cual se les daba orden de ponerse inmediatamente en camino, pues el Prelado riobambeño, al tener noticia del caso, había resuelto ordenarlos en los días 24, 25 y 26 de Julio. Como es de suponer la alegría fué general; hiciéronse al instante los preparativos y se emprendió la marcha sin perder tiem-

po, pues en aquel entonces no menos de tres días se empleaban para llegar a la ciudad fundada por Almagro a las faldas del magestuoso Chimborazo. No estuvo exento el viaje de peripecias. Llegados a Cajabamba, donde les dejó la diligencia, hubieron de tomar los caballos que les conducirían a Riobamba, situada a unas cuatro leguas. Uno de estos animales se espantó y tiró al guía que se hirió en la cabeza y fracturó un brazo; la misma suerte corrió uno de los compañeros del H. Pardo, aún cuando salió mejor librado y éste, parte por las agitaciones del viaje, parte también por lo rígido del clima, hubo de meterse en cama la víspera del día en que había de ser ordenado de subdiácono. Calenturiento hubo de presentarse ante el altar y quiso Dios que desapareciese el malestar y pudiese llegar hasta el fin sin novedad.

El 26, festividad de Santa Ana, recibía la unción sacerdotal y no olvidó el P. Pardo que aquel día encerraba para él un grato recuerdo, el de su madre, que llevaba ese nombre. Más tarde se complacerá en señalar esta circunstancia, en la cual como en todo veía la mano amorosa de Dios. Al siguiente día, los cuatro sacerdotes, entre los cuales se contaba su antiguo compañero del Colegio de Lima, el P. José Panizo y Orbegoso, emprendían la vuelta a Quito, en donde había de celebrarse la fiesta de la primera misa. El 31,

día de San Ignacio, subía al altar de nuestra antigua Iglesia, verdadera ascua de oro por el que cubre sus bien labrados muros y con renovada juventud ofrecía a Dios la víctima pura, inmolada eternamente por la salvación del mundo. El personal de la Legación del Perú se esforzó por llevar al templo la mayor concurrencia posible y como el P. Pardo ya era conocido en Quito por haber allí ejercido el magisterio, no fué escaso el número de personas que le rodearon en tan solemnes momentos.

Desde Lima, su madre debió asistir en espíritu al augusto Sacrificio y su corazón cristiano rebotó de consuelo al ver cumplido uno de sus más fervientes deseos. Por singular coincidencia, mientras esto sucedía en el Ecuador, otro hijo suyo, José, era elegido Presidente del Perú. Habiendo muerto el Presidente, D. Manuel Candamo, a los ocho meses del comienzo de su período, vino a reemplazarle el segundo Vice Presidente D. Serapio Calderón, quien, conforme a ley, convocó a elecciones generales. Unidos los partidos civil y constitucional, señalaron como candidato a D. José Pardo y Barreda. Favorecido éste por el sufragio popular tomó posesión del mando el 24 de Setiembre de 1904.

Doña Mariana podía considerarse satisfecha; en cuanto al P. Pardo que sabía estimar las cosas en su verdadero valor y se daba cuenta de lo difí-

cil que es gobernar a los hombres, le escribía a su hermano: "Yo diré mi primera misa el día de San Ignacio, cuando tú ya estarás investido del poder supremo. Coincidencia providencial, pues yo emplearé todos los días mis ratos en pedir acierto para ti, no ya como hombre privado solamente". La muerte algo imprevista de Candamo había repercutido hondamente en el ánimo de su ministro D. José Pardo y de esta circunstancia se aprovechaba el P. Manuel para darle una lección sobre la vanidad de todas las cosas terrenas. El no sintió el menor asomo de ella, al ver tan encumbrado a su hermano, antes bien, le preocupaba el verlo tomar sobre sí la responsabilidad del mando.

Si fueron dulces y suaves las emociones del nuevo sacerdote el día de su primera misa, más a su sabor y con más tranquilidad de ánimo pudo gozar de la dicha de tener a Jesús en las manos en los días que se siguieron a su ordenación. Como él mismo escribía, estas cosas eran más para meditarse que para decirlas, pero con todo algo de este íntimo gozo se trasluce en estas frases de sus cartas de aquellos días. "Es una verdadera dicha, dice a su madre, verse ya **in æternum** sacerdote. Uno todo de Dios y Dios todo de uno y con la satisfacción de que es un bien que nadie, ni el Papa, se lo puede a uno arrancar: el derecho sobre Jesucristo..." y en otra dirigida a su

hermana Rosa: "Qué satisfacción la de tratar cada día tan cerca e íntimamente con el Señor y presentarlo al Padre en demanda de gracias, en expiación y mediación por el mundo, en acción de gracias y en homenaje de alabanza. Es, pues, un beneficio, para mí principalmente y, además, para toda la familia...". Retirado luego a la Casa de Campo que el Colegio de Quito poseía entonces en el vecino pueblecito de Cotocollao, en donde pasó las vacaciones de aquel año, le podía decir a su hermana Ana, más tarde religiosa del Sagrado Corazón: "Ahora sí que mi dicha es completa y ya me veo a mil leguas más del mundo y todo de Dios, aunque con una inmensa responsabilidad. Uno palpa la necesidad de ser más divino que humano para subir al altar todos los días a hacer el papel de intermediario, de sacrificador, de amigo, etc. Demos, pues, gracias a Dios, pues es una gran bendición en una familia el tener un miembro sacerdote. Ya te he pagado tus trabajos en los ornamentos aplicándote a ti y a mis demás hermanos la tercera misa, que dije en el altar de la Beata Mariana de Jesús, en donde están sus reliquias. Aquí nadie me apura y digo mis misas muy despacio, aunque Dios nunca permite que uno goce de él perfectamente, pues para eso es la otra vida".

---

## CAPITULO X

### **De vuelta a la patria.**

Disponíase el P. Pardo, una vez terminadas las vacaciones de verano en el retiro de Cotocollao, a reanudar sus estudios y ponerles término en el cuarto año de Teología, cuando recibió la inesperada orden de trasladarse a Lima juntamente con el P. Panizo. Había llegado unos meses antes a Pasto, la casa más septentrional que poseía por entonces la Misión Ecuatoriana, el R. P. Juan de la Cruz Granero. Nombrado Visitador por el Muy R. P. General Luis Martín, por razones que fácilmente se comprenden, dispuso el nuevo Superior que uno y otro volvieran al Perú, aún cuando sólo fuese por breve tiempo, pues su propósito era que el último año de teología lo hicieran en España. El sábado 12 de Noviembre llegó a Quito la noticia e inmediatamente se preguntó a Guayaquil si había próxima embarcación para el sur. Como la línea estuviese interrumpida no fué posible obtener respuesta y, como el mismo Padre escribía, ya no se creyó posible que alcanzaran a tomar el vapor que, según cálculos aproximados, debía salir el 21 de dicho mes.

En los primeros días de Diciembre estaban en Lima. Las fiestas marianas que con motivo del cincuentenario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada se habían venido celebrando llegaban a su apogeo y los PP. Pardo y Panizo alcanzaron a tomar parte en ellas. El fervor y el entusiasmo de estas demostraciones de amor a María debieron acrecentar el gozo que hubo de producirles el retorno a la tierra que los vió nacer. Sin embargo, el P. Pardo no era de los que fácilmente se abandonaban a la alegría, antes bien la inalterabilidad de su ánimo podía hacer creer a quien no lo conociese a fondo que era insensible a estas cosas o se había embotado en él ese natural afecto que siente todo hombre hacia la familia o la patria. Pero no, como vamos a verlo, el P. Pardo no consideró como un estorbo para ir a Dios o como una imperfección el legítimo y ordenado amor al propio suelo. Entre sus hermanos de religión, muchos de los cuales eran extranjeros, usaba de prudente reserva, pero en la intimidad y a quienes podía libremente confiar sus impresiones no dejaba de manifestar el vivo interés que despertaba en él cuanto se relacionaba con su patria. Tan cierto es esto que alguno, como el P. Garate, creyó alguna vez y yo mismo se lo oí decir, que este cuidado podía degenerar en preocupación y le impediría gozar de la continua presencia de Dios. Este escrúpulo vino a inquietar

tar también al mismo P. Pardo, quien, en sus apuntes dejó escritas estas palabras: "Hacerse violencia (nótese la frase) para no pensar demasiado en la patria, teniendo en cuenta que lo malo no se remedia así, sino merced de Dios el remedio".

Y esto fué precisamente lo que hizo: orar y sacrificarse por el bien de su patria, porque Dios apartase de ella los males que la afligían y le dispensase su protección. Hubiera querido hacer algo más, pero Dios en sus inescrutables designios se contentó con sus deseos. Ya esto solo fué mucho. No se inclinó nunca a pedir la salud y el remedio de sus achaques pero si alguna vez, especialmente ya ordenado de sacerdote, pidió al Señor le conservase la vida lo hizo no con la mira puesta en su propio bienestar sino en el provecho que podía resultar a otros con su ministerio. Comprendió, sin embargo, que para hacer el bien no bastaba orar, era también necesario adquirir la ciencia y estar suficientemente informado de todos los problemas del momento, aún de aquellos que no guardan estrecha relación con la salud espiritual de las almas y versan más bien sobre política o la vida de la nación y he ahí por qué, como anota el primero de sus biógrafos, entre sus apuntes no faltaban notas sobre los enojosos pleitos de límites que el Perú sostenía entonces con casi todos los países vecinos.

Otro pasaje hallamos en su correspondencia que confirma lo que venimos diciendo y, además, nos revela su gran sentido práctico. Escribiendo a un miembro de su familia, le decía: "He visto con gusto que tú y tía Rosa han dado una limosna a la Propagación de la Fé en el Perú y me consuela ver que los peruanos que pueden hacerlo gasten de preferencia en obras pías del propio Perú; así lo obliga el orden de la caridad y la mayor necesidad, pues en Francia abundan las personas generosas y pudientes, no así en el Perú y, hay tanto que hacer!" De este modo señalaba el defecto, por desgracia bastante frecuente, de dar para el remedio de ajenos males cuando éstos abundan en la propia casa, cediendo unas veces a la vanidad de no quedar a la zaga en el concurso de otras naciones o bien dando muestras de que se desconocen por completo los verdaderos problemas de nuestro pueblo.

En Lima permaneció el P. Pardo hasta muy entrado el verano, pero como este clima no fuese el más propicio a su flaca salud, se decidió enviarlo a Arequipa, mientras llegaba el tiempo de partir para España. En aquella casa, alegre por el límpido cielo que la baña, por la magnífica huerta que la rodea y ofrece la sombra de sus alamedas, pero, sobre todo, por la pobreza que entonces reinaba en ella, fué acogido con singular cariño el joven sacerdote. El supo corresponder con

esa caridad tan señoril y tan sincera que lo distinguían y contribuyó a animar aquella pequeña comunidad, en la cual figuraban algunos ancianos, un tanto desconsolados por no poder tomar parte en el rudo trabajo que pesaba sobre los demás. Dióse cuenta de ello el Padre y, con su habitual gracejo y exquisita delicadeza, consoló a uno de ellos con los siguientes versos que leyó en una fiesta familiar:

¿Por qué la nave vá tranquila y viene?

¿Por qué el beodo tambalea tieso?

¿Qué es lo que el mundo en sus cimientos tiene?

El contrapeso.

Si a tal poder, oh Padre, das de mano

¿cuál quedarás tras este batacazo?

¿cuál si quitas el báculo de anciano

al Padre Asteasu? (1)

---

(1).—El P. Juan B. Asteasu, delicado poeta y notable orador sagrado se hallaba también en Arequipa.

Cuando a ese sol de Lima que te asombra  
midas los campos con tu paso agrónomo,  
ansioso en vano buscarás la sombra  
del Padre Ecónomo.

Y la sombra que encuentre, solamente  
de tu sujeto cubrirá un pedazo,  
que es de un cuerpo pequeño y transparente  
el Padre Asteasu.

Por eso cual hechura de tus manos,  
repito a los que van y a los que quedan:  
en general, harán nuestros hermanos:  
pues... lo que puedan.

La bondad de los aires de la ciudad blanca y el temple de la altura tonificaron los pulmones del P. Pardo y se pensó, por tanto, en el viaje que había de conducirlo a Europa, donde pondría fin a sus estudios teológicos. En los primeros días de Marzo recibió la orden de trasladarse a Lima y en una carta, escrita el 7 de dicho mes, le daba la noticia a su querido maestro, el P. Manuel Garate. "Muy Amado en Cristo Padre: En estos días parto para Lima, seguramente que de paso

para Europa: los que viajan mucho como los que enferman, rara vez se santifican y eso que no dice (el Kempis) si por obediencia o sin ella. Todo hay que esperararlo de Dios, máxime cuando uno está indiferente para todo, como gracias a El, lo estoy yo bajo todos conceptos, es decir, natural y sobrenaturalmente; convencido que lo que hace falta es ser santo, lo demás es bueno pero accesorio.

Deseo, pues, no entrar en el número de los desengaños que, acaso, sufre hoy Vuestra Reverencia, aunque V. R. quizás dirá que no hay materia prima, porque nunca se formó grandes ilusiones sobre mí. En fin, el P. Astrain nos ha dado a entender que siempre hubo quiebras en la Compañía; eso nos consuela un poco. Por lo demás, yo pido a V. R. que la distancia no sea motivo para que me olvide o me eche a la olla común. En los Santos Sacrificios y Oraciones de V. R. me encomiendo. Afectísimo suyo en Cristo. Manuel Pardo S. J."

Nada tiene de notable esta carta, antes bien peca de corta y hasta cierto punto de fría, pero merece consignarse porque en ella aparece una vez más su decisión de hacerse santo, por encima de todo. Lo demás, como dice él mismo, es accesorio. Esta fué siempre su más constante aspiración desde el Noviciado. Dejó la ciudad de Arequipa y tras breve estancia en Lima, abando-

nó las playas peruanas a bordo del vapor "Colombia" el 29 de Marzo de 1905. Llevaba como compañeros de viaje al P. Trinidad Jiménez, bien conocido en Lima por su apostolado entre las clases humildes, al P. Sousa y al Hermano Franco, veterano coadjutor que por muchos años había residido en el Colegio de La Paz. Alejóse la nave de la tranquila y espaciosa bahía del Callao y los ojos del P. Pardo contemplaron en lontananza las torres de la ciudad de Lima que ya no volvería a ver. Allí y en Chorrillos, donde tenía su residencia su anciana madre, quedaban los seres más amados de su corazón, a quienes pronto había de sumir en el más hondo quebranto la triste noticia de su definitiva desaparición, de su partida para la verdadera patria.

La nave enderezó su rumbo a Panamá y en los ocho días que duró la navegación hasta el istmo el P. Pardo no sólo se sintió bien sino que experimentó en sí la saludable influencia de las brisas marinas. El 8 de Abril pusieron el pié en tierra firme y se dirigieron a la residencia episcopal donde se había preparado alojamiento a los viajeros. Era aquel día Domingo de Ramos y, tres días más tarde, el Jueves Santo, después de recibir la sagrada comunión de manos del Prelado, se encaminaron en ferrocarril a Colón, donde debían tomar el vapor de la Trasatlántica Española "Montevideo" que les conduciría a la Península.

Pero oigamos al Padre Pardo referirle a su madre algunos de los pormenores de esta primera etapa de su viaje. Dice así su carta, fechada en Panamá el 8 de Abril de 1906. "Querida mamá: Mandé una tarjeta postal de a bordo, desde Guayaquil; supongo que llegaría. Hemos tenido un viaje magnífico, no ha habido ni principios ni fines de mareo, porque el buque no se ha movido, sobre todo entre Paita y Panamá. Sólo la estadía de más de un día o unas 34 horas en Guayaquil, nos fastidió bastante, con el calor y mosquitos... Estamos aquí en casa del Señor Obispo, que es jesuita y excelente persona bajo todo punto de vista. (1) Panamá es una población inferior a Guayaquil, aunque ahora los Yankees están poniendo agua y desagüe y pavimento de un ladrillo resistente; las calles son callejones y las casas de tres pisos, pero feas y miserables. No hace tanto calor como en Guayaquil y hay ya pocos mosquitos. El jueves saldremos en el "Montevideo", buque bueno pero no de los más modernos. Tenemos varios compañeros de viaje del Callao y Guayaquil. Por este correo escribo también al P. Cañete..."

---

(1).—El Ilmo. Sr. D. Francisco Javier Junguito.

## CAPITULO XI

### **Al Cielo.**

A la caída de la tarde del día 12 de Abril llevaba anclas la nave y se engolfaba en aquel mar Caribe, de esmeraldinas y transparentes aguas y sosegado de ordinario, salvo cuando el huracán agita sus olas y lo torna furioso y amenazador. Después de tocar en Sabanilla, Puerto Cabello y La Guayra dirigió su rumbo a Puerto Rico, arribando a la perla antillana con toda felicidad. Desde este lugar y el día mismo de la partida escribía el P. Pardo su última carta. Héla aquí: "Querida mamá: En Curazao mandé una tarjeta por tercera persona, pues en ningún puerto dejan desembarcar por temor a bubónicas y fiebre. Hoy saldremos ya para Europa y llegaremos a Cádiz probablemente el 5, tocando antes en las Canarias de donde escribiré. A pesar del movimiento del mar Caribe en los primeros días he estado sin mareo y bien del estómago, aunque no hasta el punto de no sentirlo, como en los pocos días de Mollendo al Callao. En esta línea, aunque más lenta que las otras, se viaja muy bien, es supe-

rior a la francesa en los buques y a la inglesa en la comida, según me dicen, pues aquí ésta es muy buena, aunque de etiqueta y por eso algo pesada. Sin embargo rara vez me falta en calidad y cantidad lo que yo necesito... Aquí hay mucho espíritu religioso, atendido por un capellán; hay todos los días misa y la decimos, todos los sacerdotes... Los Domingos oye la misa toda la tripulación con el capitán a la cabeza y dos marineros que hacen los honores y hay su plática o breve lectura; todos cumplen con la Iglesia y, en general, los oficiales y demás son buena gente..."

Nada hacía prever el desenlace que se preparaba pero a los dos días de salir de San Juan de Puerto Rico, el 25 de Abril, cayó gravemente enfermo. El mal lejos de amainar con los cuidados que se le prestaron a bordo fué agravándose de modo que al llegar a Santa Cruz de Tenerife, se pensó seriamente en dejarlo allí. Posiblemente hubiera esto sido su salvación. Los religiosos del Corazón de María que allí tienen una residencia no aceptaron recibir al enfermo y hubo necesidad de acudir al Hospital. Estaba hecho ya el arreglo y volvía a bordo el P. Jiménez, a fin de disponer el desembarco del enfermo, cuando le acometió un espasmo tan fuerte que se temió por su vida. Se avisó al médico y, mediante una inyección, se repuso un poco, pero la calentura le

subió a poco más de cuarenta grados. En este estado, no se creyó conveniente trasladarlo a tierra y continuó más o menos en la misma forma hasta llegar a Cádiz. Ya el médico de a bordo había diagnosticado que se trataba de un caso agudo de apendicitis y en efecto así era. Los médicos de Cádiz lo confirmaron, pero no pudieron proceder a operarle por la inflamación que había sobrevenido. A bordo no se hubiera podido ejecutar la operación y, al declararse el mal, la nave se encontraba a 300 millas de Puerto Rico y a unas 500 de Tenerife. Fué forzoso dilatarla hasta la llegada a este puerto, pero ya hemos visto qué dificultades se opusieron a este plan.

Lo admirable es que el enfermo hubiera podido resistir hasta entonces, pero aquí se vió palpable la mano de Dios. El P. Jiménez comprendió que de morir en alta mar el cadáver del P. Pardo habría de ser arrojado al océano y esta idea le torturaba. Decidió echar mano del Agua de San Ignacio y con viva fé la dió a beber al paciente. Desde entonces se advirtió en él alguna mejoría hasta su llegada a Tenerife, donde sufrió el ataque ya referido. Desde este lugar a Cádiz pasaron todavía cuatro días y sólo el 5 de Mayo llegaron a columbrarse las tierras bajas de Cádiz. Entre tanto el enfermo sufría indecibles dolores que soportaba con admirable resignación. No le acongojaba el pensamiento de la muerte y,

al dársele cuenta de que había sido arrojado al mar el cadáver de un tripulante, fallecido a bordo, con gran serenidad le dijo al Padre que le refería el hecho: "Convéznase, Padre, que lo mejor es morirse".

Como se deja entender, en Cádiz se le prodigaron todos los cuidados que exigía la gravedad de su estado. Se dió aviso a su pariente, D. Felipe de Osmá, Ministro del Perú en Madrid y al punto se puso en camino, llegando en compañía del Dr. Fedriani, hábil cirujano que tomó a su paso por Sevilla. Este, después de examinar al P. Pardo convino en que la operación no podía realizarse y que era menester aguardar. Alguna esperanza se llegó a cobrar los días siguientes, pero el día 9 de Mayo, por la noche, la calentura subió a más de 40 grados y un fuerte dolor al lado izquierdo agotó sus ya mermadas fuerzas. Manteníase, sin embargo sereno y al leerle el P. Superior, Carlos Alix, una carta que se acababa de recibir del P. Lorenzo Sanvicente, le insinuó con débil voz: Escríbale, Padre mío, en mi nombre.

Apenas arribado a Cádiz se creyó conveniente administrarle el Santo Viático que recibió con gran devoción y con entero conocimiento y en la noche de este día se le dieron los santos óleos. A partir de entonces puede decirse que comenzó para él la agonía, pues si bien es cierto que todavía duró con vida más de 24 horas, pero éstas fue-

ron de un continuo padecer. El día 10 en la mañana volvió a asaltarle un agudo dolor al lado izquierdo y hubo que recurrir a la morfina, pero desde ese momento toda esa parte del cuerpo quedó como paralizada e insensible. Sobrevino la noche sin que ella trajese alguna calma y a las cuatro de la mañana del día 11, festividad de San Francisco de Jerónimo, rendía su alma al Criador.

Todos cuantos le asistieron en su última enfermedad dan testimonio de su resignación y paciencia, hasta el punto de haber advertido que, durante la noche, a fin de no molestar al que le velaba, apenas daba señales de padecimientos y rara vez pedía el auxilio del enfermero. Esto es más de notar cuanto que el P. Jiménez que apenas se desprendía de su lado, dice que era muy poco lo que dormía y que, no obstante, conservaba despejada la cabeza. Plácidamente se despidió de este mundo, del cual se hallaba despegado su corazón y como dice el P. Alix, en una carta a su madre: "Fué notable la sonrisa que se dibujó en su rostro y la expresión de suave dulzura que atraía las miradas. Parecía querer hablar para darnos cuenta de que gozaba ya de la vista de Dios".

El mismo día en que era depositado en tierra por manos ajenas, se hizo un cablegrama a Lima, dando aviso de su gravedad. Después, D. Felipe de Osma que permaneció a su lado hasta su

muerte, no dejó de comunicar a la familia las vicisitudes de la enfermedad hasta el funesto desenlace. Al conocerlo, su hermano el Presidente dió orden de embalsamarlo y de remitir el cadáver al Perú. Así se hizo y el 19 de Agosto de 1906 anclaba en el Callao el vapor "Serapis" de la Compañía alemana trayendo los restos a bordo. En un vagón del ferrocarril se los condujo hasta el cementerio en donde los aguardaban los miembros de su familia, incluso el Presidente y buen número de Padres y Hermanos de la Comunidad. Celebráronse dos misas en la Capilla del Cementerio y luego fué conducido el ataud, que cargaron sobre sus hombros seis antiguos compañeros de Colegio, hasta el mausoleo de la familia donde descansan al lado de sus progenitores, esperando el día de la general resurrección.

Hemos trazado a grandes rasgos la vida de este ejemplar religioso de la Compañía no porque pensemos que una estela luminosa marque su paso por la tierra, no; somos los primeros en confesar que no nos ofrece su vida materia abundante por donde pueda correr la pluma sin temor de repetirse, pero en medio de esa semioscuridad en que él vivió hay algo que lo distingue entre muchos y lo hace digno de estudio y de aprecio: su incansable propósito de alcanzar la cumbre de la santidad. Es cierto que Dios lo previno con singulares gracias casi desde los comienzos de su

vida religiosa, pero su mérito, como ocurre en todos los santos, radicó en una perfecta correspondencia a las inspiraciones de lo alto. Si a eso se añade que, al abrazarse con el estado religioso, nos dió un alto ejemplo de renunciación y de generosidad, somos de opinión que ello basta para que se le pueda proponer como dechado a los jóvenes de nuestro tiempo, pues su varonil gesto y su firmeza de carácter son precisamente las virtudes que hoy más que nunca les conviene aprender.

Además, sería un error creer que la santidad estriba en hacer grandes cosas y en acometer difíciles empresas de la gloria de Dios. El P. Pardo no pudo llevarlas a cabo, pues, a semejanza de Luis de Gonzaga y de Juan Berchmans, casi toda su vida religiosa se deslizó en la sombra del claustro, pero así como a aquellos santos jóvenes, inmarcesible gloria de la Compañía de Jesús, no les impidió escalar la cumbre de la perfección su calidad de simples estudiantes, así también en el retiro de la Concepción de Pifo pudo el Hermano Pardo realizar aquella ascensión del alma justa que, como dice la Escritura, va ésta decidiendo en su ánimo y la conduce hasta la cima del monte santo de Dios.

El Señor lo llamó a su casa para esto y sólo para esto. Cuando ya lo creyó maduro y en sazón, El mismo dispuso sacarlo de este valle de

lágrimas a fin de que, sin velos y a cara descubierta, gozase de su presencia y recibiese el premio de la constancia con que le buscó aquí abajo, entre las sombras de esta noche oscura, permitiéndonos decir, parodiando a San Juan de la Cruz:

Matando, muerte en vida le has trocado.

---







Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 01044 2939



134638